



Doña María Ramírez de Oribe

SELECTA

Fue una de las matronas más distinguidas de una época social, que se impone aún, a través del tiempo por ser expresión acabada de una alta cultura y porque se funden en ella, todas las gentilezas mundanas, con todas las energías indomables que dieron a la patria tantos héroes. Compañeras de aquellos hombres de acero, las damas de entonces tienen relieves admirables de carácter. Tal Doña María Ramírez de Oribe, cuyos dones de bondad y de inteligencia la colocaron en puesto preeminente dentro de la selecta sociedad de entonces. Guardadora severa de todos los prestigios de un linaje, fue una figura noblemente representativa en los salones de la época patricia.

AMY & HENDERSON

TIENDA INGLESA

JUAN CARLOS GOMEZ, 1314 - 24

© BARTOLOMÉ MITRE, 1317 ©



FINALIZANDO LA ESTACION DE VERANO, iniciamos en todos nuestros departamentos, una rebaja extraordinaria sobre nuestras mercaderías, imponiéndose sus precios, por su conveniencia en la excelente calidad de artículos que ofrecemos en esta ocasión.

VISITANDO nuestros salones de ventas, podrá apreciarse una vez más, el prestigio adquirido por nuestra casa, consolidado por el favor que hasta ahora nos ha dispensado nuestro público realmente conocedor, que encuentra reunidos en todos nuestros artículos, calidad insuperable, distinción en los estilos y precios verdaderamente convencionales.

AÑO I — NÚM. 9

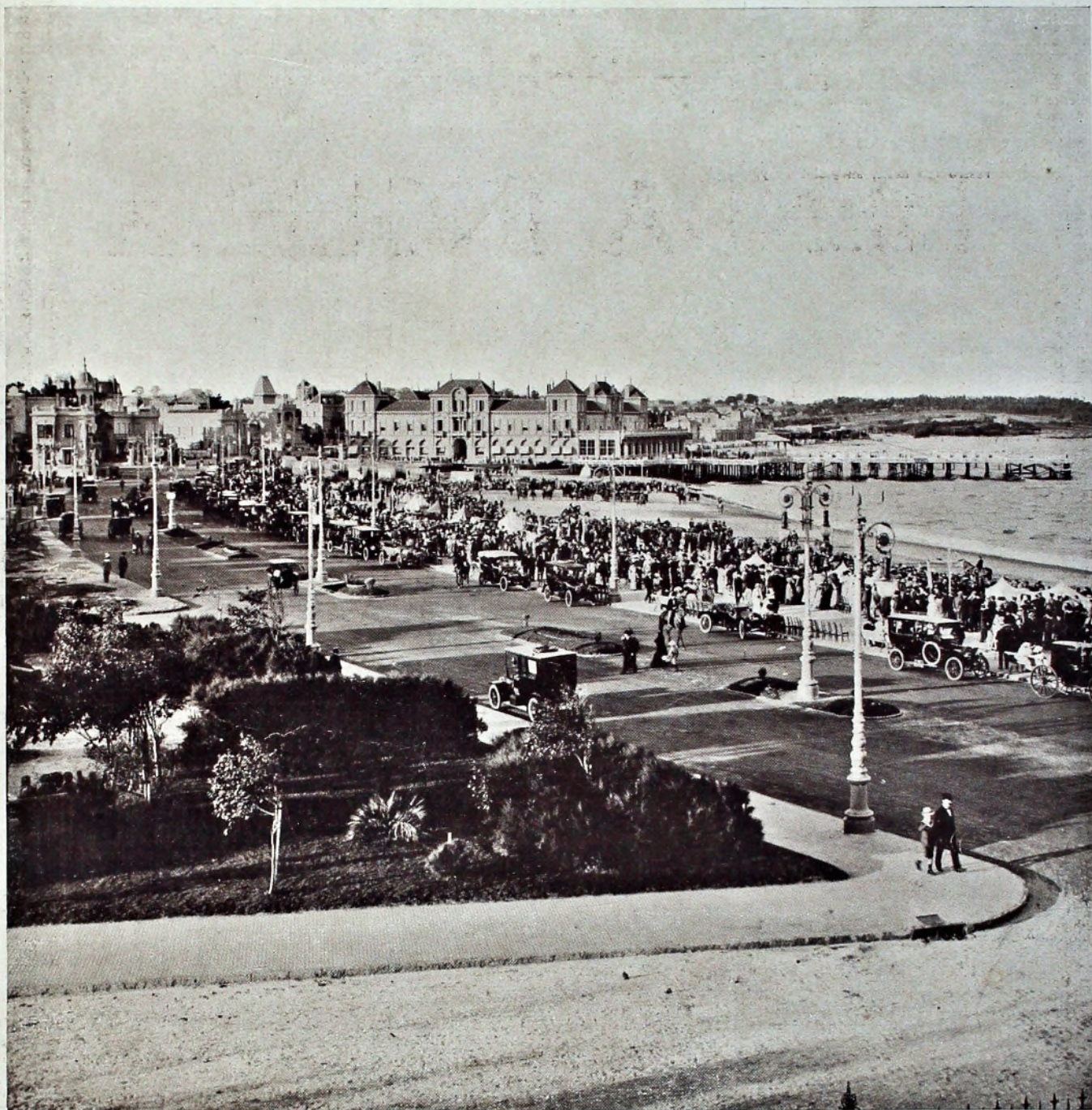
MONTEVIDEO, ENERO DE 1918

OFICINAS: CIUDADELA, 1387.

ADMINISTRADOR: A. RUGGERO.

Selecta

DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZON



Fot. Oficina de Exposiciones.



MONTEVIDEO
VERANIEGO

LA RAMBLA
Y PLAYA DE POCITOS

EL señor Renato Sánchez, Ministro de Chile ante el Rey de los Belgas, es descendiente de la Santa de Ávila. Un hermano de este diplomático estuvo en Montevideo y aquí falleció. Llevado el señor Sánchez por su interés en recoger todos los datos relacionados con la vida de Santa Teresa, acaba de traducir un interesante estudio psicológico de la fundadora de "los descalzos", estudio en el que se presenta a la Santa en su admirable faz humana: genio y voluntad.

Creemos de mucho interés destinar una página a la transcripción de algunos párrafos de ese estudio, en razón de lo interesante de los mismos y de llegar hasta nosotros por manos de un descendiente de aquella admirable monja.

He aquí esos párrafos:

Teresa Sánchez de Ahumada era bien proporcionada y tenía el andar de una diosa. Como las mujeres de los países donde quema el sol, la tonalidad de su rostro era mate, su piel fina y blanca.

Sus cabellos negros ondulaban sobre una frente inteligente.

Sus ojos muy negros y redondos, un tanto saltados, pero expresivos y burlones, chispeantes de ingenio. Sobre esos negros ojos, cejas cuasi rectas, que iluminaban su fisonomía. La nariz chica y redonda, banal; la boca más bien mal que bien, con el labio inferior un tanto caído; pero con dientes soberbios y sonrisa natural. Tres pequeños lunares, coquetonamente puestos por la naturaleza sobre su mejilla izquierda, daban un atractivo malicioso a su radiante cabeza.

Tenía la voz agradable, los movimientos agra-ciados, y cuidaba con esmero sus manos de mujer de raza, blancas, largas y delgadas.

Había heredado de su padre la distinción y la nobleza del rostro.

Uno de sus contemporáneos la describió como "una de esas bellezas de pelo negro, habitualmente majestuosas."

De su madre, tenía la afabilidad que conquista corazones, y que, durante su vida, le sirvió más que las órdenes y los estatutos, para conseguir de sus monjas prodigios de abnegación y obediencia.

Su constante alegría triunfó de los otros obstáculos. Tenía tanta y tan espontánea, que habría marchado sonriendo a la hoguera.

Ya madura, y con el prestigio de reformadora y de gran Santa, fué a instalarse en un convento de carmelitas donde era fama que las monjas se morían, al pie de la letra, de fastidio y de tristeza.

Recortó las penitencias, estuvo tan amable y entretenida, que dejó las monjas contentas y felices, con el ánimo levantado.

Su talento era sólido y de vasto horizonte, la imaginación ardiente y apasionada. Su educación, influenciada de doble manera por sus padres, se desarrolló en todo sentido.

Era la regalona de su padre, que le desarrolló la afición a la lectura desde pequeña, y le fomentó el gusto por las cosas científicas; se formó un criterio tan seguro y tan sano, que alejó siempre a sus monjas de la dirección de los confesores semisabios; les aconsejaba preferir un ignorante con buen sentido, y sin pretensiones.

Por otra parte los romances de caballería, prestados por su madre, daban alas a su imaginación. Se pasaba los días, y a veces las noches, leyéndolos, siempre temerosa de ser sorprendida por su padre.

Beatriz le hacía rezar rosarios y recitar oraciones de difícil comprensión; don Alfonso le daba a leer la *Vida de los Santos*, tan entretenida como un romance de caballería. Desde pequeña vió a sus hermanos hombres entretenidos en sus habituales juegos militares, y su cabecita trabajaba. No sabía aun qué hacer, pero soñaba con hazañas extraordinarias, ejecutadas por ella.

A los siete años sugestionó a su hermano Rodrigo, que en esa época tenía once, la idea de arrancarse a tierras de moros para ser mártires, como en la *Vida de Santos*.

Realizaron su propósito y se escaparon de Ávila; pero en el camino encontraron a uno de los tíos que los volvió a la casa. Rodrigo no anduvo valiente y acusó a la hermana. "Es la pequeña, dijo, la niña que tiene la culpa de todo."

La niña asumió con toda audacia la responsabilidad y adujo razones. Ella quería ir hacia Dios, y "era ese el buen camino señalado por los libros."

Durante cerca de veinte años Sor Teresa de Jesús fué una buena religiosa, que no se distinguió de sus compañeras. Decididamente las oraciones le causaban aburrimiento.

"Años enteros, según dice ella misma en sus escritos, en las oraciones sólo estaba pendiente de la hora en que debían acabarse". Sus hábitos de limpieza la hacían considerar como placer el barrido. A falta de otros títulos, siempre habría merecido ser llamada la Santa de la escoba.

En los primeros años, y mientras su actividad no tuvo a su cargo asuntos de mayor importancia, se ocupó en arreglar, limpiar, asear lo que le

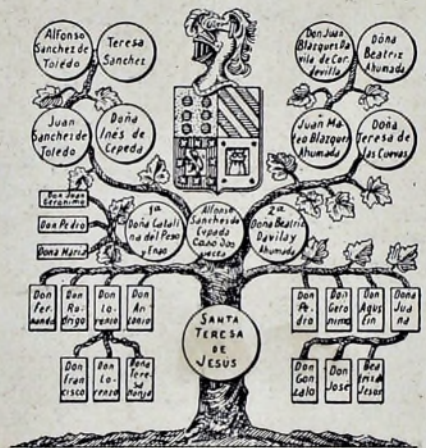
Una Santa Española

caía a mano, haciendo guerra a muerte a las telas de araña y a las toallas sucias.

Cuando, en los años siguientes llegó a ser la reformadora, con influencia en las resoluciones del rey y del nuncio, suplicaba al Superior de los frailes carmelitas pusiera mano de hierro e hi-



Santa Teresa



ARBOL GENEALÓGICO DE S^{TA} TERESA DE JESÚS

nació en Ávila el 28 de Marzo de 1515,
murió en Alba el 4 de Octubre de 1582.
Beatificada por Paulo V en 1614 y solemnemente canonizada por Gregorio XV en 1622.



ÁVILA — Donde nació la Santa

ciera estatutos para obligar a los frailes a la limpieza.

Los dos grandes acontecimientos de este período de su vida fueron una gran enfermedad que tuvo en esa época y la muerte de su padre. La enfermedad fué cruel y extraña. Sor Teresa

sentía, de los pies a la cabeza, dolores tan atroces que le hacían el efecto de "ser desgarrada por agudos dientes".

Los médicos no acertaban con el diagnóstico, y se inclinaban a creer en una enfermedad nerviosa. Una última crisis la dejó privada de conocimiento y con el cuerpo encorvado. Recobró el sentido cuatro días después. "Mi lengua, dice ella en sus escritos, se había hecho pedazos a fuerza de mordiscos. Sentía mi cuerpo dislocado y la cabeza hueca. Mis nervios se habían contraído de tal manera, que mi cuerpo estaba todo encogido."

De este ataque le quedó una parálisis que desapareció al cabo de algunos años, y algunas penosas dolencias, que no la abandonaron en el resto de su vida.

Santa Teresa nos relata, en sus obras, sus impresiones corporales cuando sus ojos contemplaban a Dios en el mundo invisible, y sus oídos percibían las órdenes dictadas por El. En su relato la palabra "alma" está tomada en la acepción de persona en éxtasis.

"(El alma), dice ella, cae en una especie de desmayo. Me sería casi imposible mover una mano. Mis ojos se cierran contra mi voluntad, si trato de abrirlos, no veo casi nada. Me siento incapaz de hilvanar una frase y de pronunciar una palabra."

Estas crisis la dejaban en un extremo agotamiento y casi muerta. "Algunas veces, dice ella misma, quedo reducida a tal extremo que pierdo enteramente el pulso, mis huesos se separan y parecen desprendidos, mis manos tan envaradas que no puedo plegarlas. A veces hasta el día siguiente siento un dolor tan violento en las arterias y en los músculos que mi cuerpo parece dislocado."

Esto duró años enteros y, cosa admirable, la mujercita o la "viejecita", como se llamaba ella misma, guardó siempre la cabeza despejada hasta que lanzó el último suspiro.

De este extraño estado de espíritu, de esta curiosa mezcla de preocupaciones, se desprendía un misticismo transcendental. Su análisis sutil se encuentra esparcido en todas las obras de Santa Teresa, en particular en su *Vida* (escrita por ella misma) y en el *Camino de la Perfección* y *Castillo interior*.

El propósito de fundar un convento en que se viviera en conformidad a la regla primitiva de los carmelitas maduró en el cerebro de la Santa en el año 1560. Una amiga, a quien habló del asunto, prometió los primeros fondos. Junto con las primeras noticias del proyecto, que se esparcieron rápidamente en Ávila, toda la ciudad se levantó contra las dos intrigantes, con esa furia y esa indignación de la gente de provincia a quien se perturba las costumbres.

Los comadreo y los chismes, los comentarios, las discusiones y las críticas corrían a parejas. La gente se indignaba y levantaba los brazos al cielo, en señal de protesta.

La lucha fué ruda y duró años pero al fin triunfó Santa Teresa y su nueva orden se impuso en el mundo cristiano.

Tuvo que defender su obra contra una orden poderosa, contra Roma, contra la indiscreción de los suyos; la salvó y la dejó a la posteridad.

Habría quien censure sus ideas, se burle de su fe candorosa y de sus familiaridades con la divinidad, y tema su influencia en las cabezas jóvenes y sin experiencia, pero cuando penetramos en su vida íntima, a cuatrocientos años de distancia, sentimos en nosotros su ascendiente irresistible, y comprendemos la seducción que se apoderó de sus contemporáneos y los hizo levantar montañas.

Su encanto se adivina. Santa Teresa rebosaba vida. No conoció nunca la indiferencia que relaja. Detestó la melancolía, causa de debilidad, y también a los poltrones y a los llorones; quiso que el hombre fuera valiente y afrontara su destino. Creyó, tuvo voluntad y acción.

En el mes de Septiembre de 1582, estando ya muy enferma, emprendió viaje de Valladolid a Alba, languideció allí dos semanas y murió.

Se le enterró en el convento de carmelitas de Alba, al lado afuera de las murallas y de las rejas, al fondo de una fosa muy profunda y bajo un montón de piedras.

Todas las precauciones tomadas para proteger su cadáver fueron inútiles. Dos frailes trabajaron cuatro noches, la desenterraron y cortaron una mano para hacer de ella una reliquia.

Otro fraile enviado por el capítulo de los descalzos la volvió a desenterrar y quiso cortar el brazo, que le quedó entre las manos "como una fruta madura". Una hermana lega vino a su turno, y como una fierecilla, le arrancó el corazón con un cuchillo. Su pobre cuerpo ha sido hecho jirones y sus pedazos dispersados en los altares de las iglesias. Diversas ciudades se disputaron su cuerpo mutilado, que fué llevado y traído; ahora descansa en paz en la misma ciudad donde encontró la muerte. En Alba.

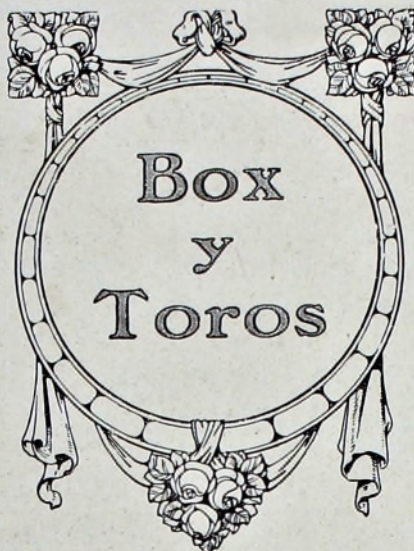
De abolengo patricio, con invalorable dotes de cultura, de bondad y de distinción, pasó por la vida dejando tras sí la huella luminosa de su carácter ejemplar. Hija de un guerrero que dió generosamente a la libertad de América todas sus energías, que fué soldado en los Andes, en el Perú y en su patria; la noble dama heredó la fortaleza de espíritu necesaria para las grandes empresas y fué por eso, incansable, decidida, y eficaz cultora del precepto cristiano de la misericordia para el necesitado, para el desvalido, para el que reclama apoyo, para el enfermo. En el ejercicio de la caridad tuvo verdadero tesón de apóstol. Muere a los 83 años dejando las páginas brillantes de una vida dedicada al bien. La sociabilidad más exquisita la contó siempre en su círculo privilegiado, e impulsada por una fe respetable, fué colaboradora entusiasta en obras de educación cristiana. La Redacción de "Selecta" rinde todos sus homenajes a la memoria de esta virtuosa dama, que supo guardar respeto a las tradiciones, y fué una encarnación del pasado patriarcal, aleccionador y de armoniosa sencillez.

La Redacción.



Doña Antonia Garzon

SI se me interrogara sobre los atractivos del *box* diría que, satisfecha la curiosidad observadora que me llevó a un *ring*, nunca caminaría media cuadra por presenciar un espectáculo semejante. Las carreras a pie o a caballo, la caza, el tiro a la paloma, el juego de pelota, todos poseen la fuerza imantada que engendran las grandes emociones en plena actividad. Me explico que cuando, atropellando en el último codo, media docena de puros se disputan el triunfo, que dependerá tal vez de la vista del corredor, de su pericia, del estado del *flete* que monta, la muchedumbre de los palcos se ponga maquinalmente de pie y vocifere, como queriendo estimular desde las tribunas el valor de sus favoritos en la lid; concibo que en las plazas de toros los hombres más seducidos se conviertan en verdaderos locos, y que en determinados momentos las banquetas vuelen por los aires, con monedas y sombreros, porque, al fin y al cabo, la bestia humana tiene derecho a romper la careta de los convencionalismos y a salir a tomar un baño de sol meridional cuando, al acorde de himnos reales, se destripa a reses y caballos y se insulta a la civilización. La sangre enturbia los sentidos y emborracha



minado por zozobras que causan extraños delirios, cuando existe, en el fondo, la perspectiva constante de una catástrofe sólo alejada por la habilidad del protagonista. Tal es, precisamente, el caso del torero, y por eso la diversión en que él interviene provoca evidentes fanatismos.

Bien merece el calificativo de arrojada su actitud tranquila en medio del redondel, desafiando la desgracia, fresco, risueño y en postura académica, como si estuviera empeñado en unas cuadrillas, mientras el toro, a su frente, acepta servirle, de bis-a-bis y empieza la danza con un floreio impresionante de rabias y de mugidos salvajes. El lance se produce y cuando la res embiste, con rapidez de exhalación, buscando en el adversario audaz, sortija sangrienta para sus pitones, el público se confunde en una misma angustia, temeroso por la suerte de ese espada que él ha empujado momentos antes, y de manera cobarde, al conflicto.

Si sale ileso del duelo, ¿cómo no explicarse que las muchedumbres ignorantes y sin sospecha de las satisfacciones del comicio libre, se sientan seducidas por el cristiano que acaba de jugar a las cartas con la muerte, sin pestañear, erguido,



tanto como el jugo concentrado de las uvas. Acepto que viendo el desarrollo en un frontón de un partido de pelota, los espectadores prorrumpan en expresivas demostraciones cuando la cesta invencible del Chiquito de Eibar mide, desde el doce, una rasanse, que después de avanzar besando el plano de la pared lateral, pica un decímetro más arriba de la línea válida, y que lo mismo sucediera cuando en los partidos a mano limpia el célebre Paysandú, entre nosotros, hacía silbar la pelota al herir los aires como un proyectil, poniéndola, cautiva de su maestría, en el punto deseado por la inteligencia del jugador. En todos esos ejercicios, de tan diferentes matices, a poco de estudiarlos, se encuentra el secreto de los grandes éxitos pasionales. Creo que no sucede lo mismo con el *box*, que no agrega a su brutalidad y grosería una sola tinta conquistadora. El conjunto del espectáculo en sí, no puede ser más insípido, sin música, sin ovaciones, sin la variedad pintoresca de altercados y diálogos naturalistas, tan necesarios, como la pimienta a los platos fuertes, en circunstancias de placer y desenfreno populachero.

En medio del silencio más absoluto, impuesto por las reglas del acto, dos individuos, casi desnudos, salen a la palestra y se curten la fisonomía a puñetazos. En plena florescencia física, de espaldas angulares, de pecho soberbio, que parece va a romperse, como una tela demasiado extendida, bajo la presión de fragua de sus pulmones, es innegable que ellos proclaman, con una realidad hermosa, la eficacia espléndida de los movimientos gimnásticos sobre el cuerpo sometido a su régimen. Esos músculos perfectos, señalados mejor para el ajustamiento de la piel, al igual de las formas femeninas en el tránsito callejero, gracias a la moda agradecida de estirar para un lado las polleras, merecen ser admirados por la salud romana que denuncian y por el esfuerzo plausible que representan. La belleza poética de Narciso nada tiene que ver con la belleza fiera, reciamente masculina, de estos atletas que, como el Ursus de Enrique Sienkiewicz, serían capaces de luchar, a brazo partido, con un toro

salvaje y de desnucarlo rompiéndole la cerviz, si lo mandara así su voluntad. Frente a frente, se atacan y se repelen, como dos autómatas, sin dirigirse una palabra, sin cambiar un reproche, hasta que, bajo el contacto del acero de un puño, se rinde la energía adversaria. He ahí una diversión que nunca adquirirá arraigo entre las razas latinas que, nerviosas y artísticas aún en sus horas de entretenimiento varonil, necesitan espectáculos ardientes que llenen con ecos animados sus oídos, que hieran con intensidad la vista, lastimando casi la pupila, y que arranquen a la garganta expresiones imperiosas. La ausencia misma de esos excitantes la hará perdurable aquí en donde el clima y la educación particular alían sus influencias glaciales sobre el mundo moral para ofrecernos el ejemplo de temperamentos flemáticos, rehacios al bullicio, que miden sus impresiones por reloj y que ignoran los estallidos ruidosos de la cólera y del placer. En ese sentido, el *box* satisface las preferencias de muchos al proporcionarles la oportunidad de seguir el desarrollo de dos actividades físicas encontradas.

De manera que, con todo de su torpeza, no cabe el paralelo que en tal concepto se ha intentado entre el *box* y las corridas de toros. Aquel se determina por el consentimiento, sereno e interesado, de dos sujetos racionales que ponen espontáneamente al servicio de sus ambiciones monetarias, el arte en que son diestros. Otros se ganan con dificultad la vida en el desempeño de las ocupaciones más duras; éste, cava la tierra; aquél, maneja un coche de plaza; pues el boxeador, con toda holgura, sin perder un minuto de su sueño, gordo, feliz y mimado, pone su porvenir en las muñecas, las cuida, ensaya con ellas las más hábiles estrategias y así, al precio infimo de medio litro de sangre nasal por año — lo que evita el uso de ventosas — prospera y se enriquece acariciado por ráfagas de positiva popularidad. El peligro de muerte que puede correr en su profesión es tan problemático como el que se cierne sobre cualquiera de nosotros al cruzar una boca-calle. Sabiéndolo así, el espectador no se arrebató porque el espíritu sólo se agita, do-

todo en homenaje a los caprichos de su arte y de sus admiradores? Y, a la verdad, que rompe las prevenciones de cualquiera el espectáculo de una lidia que, si sois aficionados a las memorias del pasado, os ofrece reminiscencias vividas de costumbres, tan arcaicas que van a buscar cuna en los circos del mundo antiguo, en ese desfile de los diestros por frente a la presidencia, a los acordes de una marcha clásica, pues él reproduce, mucho menos soberbio, el *morituri te salutem* de los gladiadores, cebados por el paganismo para servir de manjar delicioso a las fieras; si sois artistas, os domina desde el instante en que vuestros ojos tropiezan con flores encarnadas, con mantas sevillanas, con chaquetillas recamadas de oro, con capas de colores fuertes, todos esos matices provocativos revueltos sobre una inmensa paleta ondulante que el sol anima y destaca dando, aquí, allí, en todas partes, mágicas pinceladas de fuego; si sois pensadores, estáis obligados a confesar que ni el más reputado de los dramas, ni la mejor de las arengas tribunicias, ni el más sonado de los éxitos colectivos, alcanzan a conmover el corazón selvático de las masas como ese torneo, de fases dictadas por la emoción, que arrebató, exalta y desordena, fundiendo en una misma nota agudísima las pasiones enardecidas del público de los tendidos y del público de los palcos; si sois sensitivos y os agradan las escenas rudas, ninguna sacudirá como ésta vuestro espíritu, que ninguna diversión cobra tanto tributo de sobresaltos al asistente; y si sois filósofos y queréis descubrir una de las raíces de ciertas decadencias gigantes y encontrar el secreto de increíbles derivaciones del sentimiento cívico, ocurrid también a las plazas de toros, que en medio de ese picadero batido y limpio, encontraréis, sin embargo, la semilla profusa de muchas molicies, de muchos oscurantismos y de muchas chaturas, a cual más fatal. ¡Ni el alfabeto resiste a esa alianza de caries formidables!



Fot. González.

*Mrs. Maria Angelica
Villegas
de Perez Butler y su hijo*

De un señorío que se mantiene incólume a través de las generaciones, con un carácter en el que se concentran todas las bondades y todas las delicadezas de una refinada cultura, bella, pasa por nuestros salones la señora Villegas de Perez Butler, dejando siempre tras sí una estela de admiraciones.— Paso de princesa, verdadera princesa por su distinción y por su elegancia, en nuestra democracia, que nunca podrá ser absolutamente igualitaria, mientras damas de tan preclara hidalguía pongan en el ambiente la nobleza de sus sentimientos, y la principesca distinción de sus siluetas.

En el Parque Hotel Las Internacionales

UNA de las fiestas que más resonancia mundana tuvieron en este Enero benévolo que ha transcurrido con una temperatura primaveral, ha sido sin duda alguna la que organizó la distinguida señora doña Ema Lerena de Yéreguy y que tuvo por radiante escenario el gran salón del Parque Hotel. Fué una nota plena de elegancia, a la que le prestaron aristocrático encanto las damas más cultas y las niñas más bellas que figuran en primera fila en nuestra sociedad.

Un alto fin caritativo dió motivo a tan agradable reunión, y mal pudo extrañar a nadie que, persiguiendo tan noble finalidad, todo lo que nuestro mundo elegante tiene de más representativo, hiciera acto de presencia.

Debe elogiarse como se merece este bello gesto de la señora Lerena de Yéreguy, cuyo resultado fué tan brillante y tan consolador para infinidad de familias menesterosas.



Señoras Ema Lerena de Yéreguy, Plácida Suarez de Villegas, Josefa Reyes Lerena de Paysé, Dolores Estrázulas de Piñeyrua, Blanca Viana de Martí, Maria Eugenia Reyes Lerena de Regules.



En la Pelousse — Señoras: Nebel Pabelo de Brizuela, Carve de Gomez Folle; Señores: Arturo Brizuela, Arturo Gomez Folle.

la hermosura de las telas combinadas con mil esfuerzos del ingenio modisteril, fulgían en la amplitud del aristocrático lugar y daban a la mirada un mareo de policromías y de resplandores.

¡Oh, imposición soberana de la belleza y de la elegancia femeninas bajo la inmensidad azul y a la luz radiante del sol! Más reinas fueron ellas en medio a la vastedad de tal escenario, que encerradas en el recinto estrecho de un salón.

Junto a la belleza y a la elegancia de nuestras damas y de nuestras niñas, encontraba digna representación el chic de las damas y de las niñas porteñas que nos visitan actualmente. Todo impositivo en su esplendor y todo maravilloso.

Espectáculos como el que ofreció Maroñas el día de las Internacionales, quedan grabados para siempre en la retina de quien ha tenido la fortuna de contemplarlos.

Puede estar bien satisfecha la Comisión Directiva del Jockey Club por el soberbio resultado que han tenido las Internacionales este año, y por la decidida cooperación que para tal fin prestó nuestra sociedad más distinguida y más selecta.

Fiestas como la organizada con encomiable tesón por el Comité de Damas que presidió la señora de Yéreguy, merecen todos nuestros aplausos más entusiastas, en razón que de esos momentos de expansión mundana, de exquisita sociabilidad se obtiene como resultado un socorro muy preciado para los que no pueden disfrutar de ninguna satisfacción en la vida, para los que, al margen de todas las regalías, aguardan estos recuerdos de las damas piadosas con ansia bien justificable.

La fiesta realizada en el Parque Hotel tuvo un brillo extraordinario y todos los que a ella pudieron asistir guardarán de tan gratísima tarde imborrable recuerdo.

Los palcos de socios y la "pelousse" durante las Carreras Internacionales, constituyeron la más soberbia demostración de cuanto es de brillante y distinguida nuestra sociedad.

Las damas ostentaban toilettes admirables. Toda la gracia, toda la riqueza, toda



Otro grupo interesante — Señoritas Elia y Quita del Cerro, Amalia Macco de la Torre y Pascuala Carvalho Alvarez.



*Sra. Celia Hamilton
de Mañé
y sus hijos*



Hay delicados, sutilísimos rasgos de criolla en las líneas armoniosas de su rostro, en la mirada tranquila y honda de sus pupilas, en la ondulante esbeltez de su cuerpo, al que una refinada elegancia le da porte dominador. Culta y distinguida, su bondad es característica y en sociedad se guarda para ella altos respetos y sinceros afectos. Delicioso el grupo que reproducimos, dando soberana belleza a esta página. Dos encantadoras niñas realzan la serena belleza y elegancia de la señora Hamilton de Mañé,





REMEDO de las Saturnales, el Carnaval nuestro es una explosión de sentimientos subalternos. Antaño fué una fiesta de ingenio y de gentileza. Poco a poco primó en las carnestolendas la voluntad y la "iniciativa" de las clases ineducadas y la gentil Colombina, el melancólico Pierrot y el ingenioso Arlequín, huyeron, desaparecieron... En los corsos, la decadencia del Carnaval tiene su más lamentable representación. Allí triunfa la rudeza del lenguaje, la obscenidad del chiste (que por eso mismo ya no lo es), la pobreza de inventiva... La brutalidad vuelca en las calles sus elementos heterogéneos, que, ocultos, refrenados por las disposiciones policiales durante el año, estallan en los días dedicados a Momo con impetuosidades temibles. La careta da impunidad y facilita todo exceso de palabra. La cobardía moral también tiene algo que ver en todo esto. Con la cara cubierta se puede insultar e injuriar con impunidad e irresponsabilidad...

CARNAVAL

Inútiles los esfuerzos que se intentan año tras año para dar nuevas gentilezas al Carnaval. Como galvanizar a un muerto. Podrá moverse y armar bulla, pero los gestos son bruscos, pesados, rotos... Un pelele sin gracia.

Corridos el ingenio, la gracia, la galantería y la belleza por la brutalidad de la calle, se refugia en los salones. El Carnaval se dignifica, se enno-

blece a la luz esplendente de las arañas, en el bullicio armonioso de las salas floridas, en el ambiente amable de las soirées elegantes.

En los salones se salva el prestigio del viejo Momo, al que tanto dignificaron en tiempos preteritos. En los salones la hermosura de las mujeres, velada por el antifaz, tiene un encanto más fuerte, más dominador, que cuando se exhibe a la luz del sol y en toda su amplitud. Es el misterio que atrae, que seduce, que aguijonea todos los anhelos...

El Carnaval no ha muerto aún, es verdad, pero ha huido de la calle y se guarece en los salones. La danza lo arrulla y las flores lo perfuman. Y aun su locura tiene allí brillanzones de ingenio, suavidades de galantería y redenciones de arte y buen gusto.

Moraleja del momento: Para saber de la cultura de un pueblo, hay que bajar a la calle en días de Carnaval.



Señoritas: María Amelia Márquez Vaeza, Silvia de Azevedo, Nené Diaz Fournier, María Angélica Márquez Castro, Marieta Morquio Márquez, Estela Sabbia y Oribe, Corina Seré Rucker, María Angélica Lussich Márquez, Adelaida Cranwell Suarez, Sofia Suarez Blixen, Angela Cat Alvarez, Maclovio Castro Márquez, Chupina Bianelli Suarez, Sara Turenne Puig, Maruja Martínez Correa, Laura Stewart;
Caballeros: Doctor Rafael Schiaffino, José Luis Gimenez, Carlos Terra Urioste, Reynaldo Arraga Francia, Carlos César Lenzi, Alfredo Rodríguez, Juan Cat Alvarez, Andrés Lerena Azevedo, Carlos Rogberg.

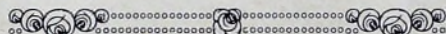
ENCUADRADA en un brillante marco de distinción y alegría, desarrollóse el día 19 por la tarde, la espléndida fiesta que el señor Alberto Márquez Vaeza y su esposa, la señora Amelia Vaeza Ocampo ofrecían a las numerosas relaciones de su señorita hija, María Amelia, con motivo de festejar ésta su cumpleaños.

Si nosotros poseyéramos esa facultad privilegiada de algunos cronistas sociales, tendríamos facilidad para encontrar todos los adjetivos que se merece la gentil María Amelia, cuyos prestigios en sociedad son tan indiscutibles como sus raras condiciones de mujercita agradable y sutil, poseedora de una belleza subyugante y de unos ojos expresivos y atrayentes, que dan vida a un rostro fresco, lleno de vigor y colorido, donde (para acudir a una conocida expresión) parece que las rosas y la nieve se amalgamaron con el fin de dar relieve a sus facciones. Poseedora de una alegría sana, contagiosa y sincera, su presencia da indiscutible animación a los salones, pues su gesto vivo y su arrogante silueta, poseen encantos irresistibles, que invitan a la charla gracil y espiritual y a la galante frase admirativa. Por eso sus amigas son infinitas y si la envidia fuera una condición natural o lógica en sociedad, María Amelia Márquez, sería la más graciosa niña de las envidiadas y envidiables...

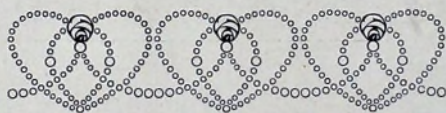
A las 5 de la tarde, descendían los primeros invitados frente al chalet del señor Márquez, siendo recibidos gentilmente por los distinguidos dueños de casa, secundados por su señorita hija, elegantemente ataviada con una toilette de tul blanco.

Poco a poco, la concurrencia fué aumentando y diseminándose por los verdes jardines, por el alhajado hall, por los elegantes saloncitos, mientras la orquesta atacaba con brio los two-steps más de moda y los valeses lánguidos, delicia de la juventud de ahora.

El baile cuenta en la actualidad, con grandes propagandistas y cultores de los dos sexos, y el baile fué, naturalmente, lo que más atrajo a los visitantes, que como en estas últimas fiestas mundanas hemos tenido ocasión de observar, no desperdiciaban pieza. Se bailó muchísimo y en todos los lugares habilitados para ello y aún en



Chez Márquez-Vaeza



los que no se prestaban precisamente para el roce veloz de los débiles zapatos femeninos. Tal, el pavimento del jardín que fué aprovechado valientemente en aras de Tersíspore. Ello dará una ligera idea de la animación que reinaba en aquel lugar, al que daban aún mayores atractivos un sol acariciante y una brisa fresca que hacía flotar las gasas y contorneaba blandamente, con ligeras insinuaciones, el arte de la forma que es eterna belleza.

Poco después de las 7, las puertas del salón-comedor se abrieron para los visitantes, que fueron espléndidamente obsequiados con un regío buffet; la mesa adornada con exquisito buen gusto, ostentaba una rica decoración floral, sobre un valioso mantel de filet y encaje de Venecia, que sustentaba la fina vajilla antigua y la cristalería de grabados multicolores.

A esa hora la animación llegaba a su apogeo, en tal forma, que parecía comenzarse recién la agradable fiesta. Más tarde, con los jardines iluminados "a giorno" y bajo la gran lámpara del hall, se siguió bailando con gran *entrain*, mientras otros animados grupos, en los bancos, junto a los parterres, y en las pequeñas salitas, se entretenían con los jóvenes menos amigos del baile, charlando animadamente.

Recordamos haber visto, entonces, y entre muchas otras, a las señoras Mercedes Folle de Arocena, Sofia Platero de Idiarte Borda, María Marini de Reboratti, Elena Balparda de Rogberg, María Vaeza Ocampo de Busto, Teresa García Lagos de Sanguinetti; señoritas Julia Olmedo Zumarán, Margot Zumarán Arocena, Clara Müller, Margarita Saavedra Barrozo, Mercedes y Elisa Arocena Folle, Maruja Martínez Correa, Elisa y Sarah Turenne Puig, Margarita Idiarte Borda Platero, Corina y Esther Seré Rucker, María Luisa Steward Vargas, María Elena Steward Mac-Lean, Elvira Reboratti, Silvia Azevedo Braga, Clotilde Cranwell, Amelia y Margarita Belfort Carril, Eloísa Gómez Harley, María E. Mac-Coll Zaballa, Estela y Herminia Sabbia Oribe, Manuelita Sánchez Solari, Angélica Lussich Márquez, Delia Christophersen Ungo, Elena y María Luisa Diaz Fournier, María Celia, Matilde y María J. O'Neill Arocena, Maricucha Bustos Vaeza, Plácida y Marta Villegas Suárez, Sofia Suárez Blixen, Margarita y Clotilde Figari Legrand, Marieta Morquio Márquez, María E. Castro Vázquez, María Angélica Márquez Castro, Ema e Isabel Figari Castro, Elisa Berro García, María E. Pareja Guani, Teresa Sanguinetti García Lagos, María E. Durán Rubio, María E. Berro Beán, María Teresa Alvarez Prese, Margarita Cat Alvarez, Sofia y Zelmira Iglesias Castellanos, Maruja y Angela González Villegas, y Lia Bonomi.

La señorita de Márquez Vaeza, recibió durante todo el día infinidad de tarjetas, flores y valiosos obsequios, lo que unido a las numerosas relaciones que acudieron esa tarde a festejarla, ponen claramente de relieve las simpatías con que cuenta esta bella niña en los círculos mundanos.

Muy cerca de las 11 de la noche, terminaba esta espléndida fiesta, que reunió por varias horas en la elegante casa de los esposos Márquez-Vaeza, a un numeroso núcleo de lo más representativo de nuestra sociedad, que se retiró encantado de la gentileza y "savoir faire" de los dueños de aquella residencia.

El Bachiller de la Rosa.

HEMOS tenido el honor de recibir la visita del R. P. Olivier Dabescat, que vino a presentarnos sus saludos en ocasión de haber llegado a Montevideo en misión encomendada por el Gobierno francés.

El padre Dabescat, que es un cultísimo sacerdote y un erudito de nota, residía habitualmente en París, consagrandose a la obra de las famosas peregrinaciones a Londres y Tierra Santa a donde fué ya más de diez veces.

Allí le sorprendió la declaración de guerra, decidiendo entonces presentarse a las autoridades militares en clase de capellán voluntario. Aceptados sus servicios, el Padre Dabescat fué enviado sucesivamente a los frentes del Mosa, la Champagne, Verdún y el Iser donde fué herido el 29 de Julio de 1916, por varios cascotes de granada, durante una de las frecuentes ráfagas de obuses, mientras se hallaba en las trincheras de primera línea, prodigando sus cuidados a los heridos, en un puesto de socorro.

A raíz de ese accidente, el Padre Olivier tuvo que permanecer varios meses en un hospital, sufriendo una difícil operación. Ahora, ya curado, se ha dirigido a América con objeto de organizar conferencias, algunas de las cuales ha dado ya en Montevideo a beneficio de la obra de reconstrucción de las iglesias, que han emprendido los católicos franceses.

El Padre Dabescat, fué condecorado con la cruz de guerra con palmas, por diversos actos de heroísmo y citado, entre otras, en la Orden del Día de los ejércitos de Francia. Es, además, por iguales motivos, Caballero de la Legión de Honor, ostentando también en su pecho una valiosa condecoración conferida por el Gobierno montenegrino.

Al dejar constancia de su visita nos complacemos en insertar la siguiente interesante colaboración con que ha honrado esta página el valiente sacerdote de la referencia, que tuvo la gentileza de calificar a SELECTA como una de las más notables revistas de las que se publican actualmente:



El R. P. Olivier Dabescat.

Heroísmo de un sacerdote francés

"La fleur des patries, la plus aimable et la plus aimée, c'est la France. Elle est belle aux yeux du ciel, car Dieu a pour elle une prédilection qu'il s'est plu à montrer sans cesse au cours de sa longue histoire. Nos pères en faisant retentir si souvent cette enthousiaste acclamation "Vivat Christus qui diligit Francos! Vive le Christ qui aime

les Francs d'un amour particulier! et François 1^{er} au soir de la bataille de Marignan, écrivait à sa mère, que Dieu s'y était montré bon Français.

Elle est belle aux yeux des étrangers qui en font leur seconde patrie et la villégiature de leurs rêves. Ils la déclarent par la voix du Hollandais Grotius "le plus beau des royaumes après celui de Dieu". Un Anglais lui crie "Tu es la flamme dans la nuit" et un Italien "Tu es la grâce et le sourire". On l'appelle plutôt chez nous la "douce France" parce que ce mot est un mot d'amour, mais au dehors et dans toutes les littératures on dit la "belle France", comme on dit "la verte Erin".

C'est un épithète de nature.

Elle est belle aux yeux de ses fils. Non seulement ils la chantent avec passion, mais ils meurent pour elle avec enthousiasme en murmurant tendrement son nom, depuis les preux de Roncevaux jusqu'aux héros de Verdun.

L'histoire du patriotisme français existe çà et là en fragments, il faudra les réunir un jour en un livre d'or et la guerre actuelle fournira peut être la page la plus magnifique.

Elle est belle aux yeux de ses filles. Leur patriotisme n'est pas moins ardent que celui de ses fils, leur héroïsme n'est pas moins grand.

Depuis les Gauloises qui gardaient les charriots de leurs maris pendant la bataille jusqu'aux infirmières qui pansent nos blessés sous la pluie des balles et les obus, l'hymne de bravoure et de tendresse ne cesse de retentir aux pays de France.

Et cette guerre a prouvé avec évidence que le sang des Gèneviève, des Clotilde et des Jeanne d'Arc coule encore dans les veines des Françaises d'aujourd'hui...

Oh! mon pays bien aimé, pour te donner tout son coeur, il faut seulement te connaître.

Je souhaite cette connaissance à tous les lecteurs de SELECTA."

Abbé Olivier Dabescat,
Aumônier militaire
Chevalier de la Légion d'honneur



El P. Olivier Dabescat en el momento de recibir el abrazo del general Parreau, al ser creado Caballero de la Legión de Honor, en el patio del palacio de los Inválidos en París.



Sra. Makrina Vidiella.

LA Sociedad "Entre Nous" puede anotar en el haber de sus ruidosos triunfos — que son muchos, muy merecidos y muy famosos — el que obtuvo al organizar el soberbio baile realizado noches pasadas en el Parque Hotel.

El buen gusto, la originalidad, la distinción, primaron en este festival, como también primaron esas condiciones en todas las fiestas patrocinadas por la aristocrática institución.

Y la sociedad, todo nuestro mundo elegante, todas las familias que dan esplendor y carácter a las reuniones, hicieron en el salón del Parque Hotel acto de presencia, transformando el recinto en una maravillosa escena de fantasía oriental.

Resplandecía el salón; por doquier las más celebradas y elegantes niñas ofrecían a la mirada menos interesada el encanto, la seducción de sus rostros subyugantes, de sus ojos, donde parece que se guarecen tesoros de ternuras, de sus cuerpos esbeltos, engalanados, realzados por las telas ligeras, que flotan acarariciadoras, mimosas...

Una inacabable sucesión de motivos versallescos... con trajes de último modelo. Versallescos por la elegancia, la gracia, la belleza de "ellas", y la apostura varonil de "ellos"... Motivos versallescos por la sugestividad de las danzas, que no siendo pavanas, gavotas ni minuets, tienen en la mecánica rudeza de su origen yanki un incentivo al que nadie puede resistirse. Incentivo de alegría, de ritmo fácil, de liberalidad en los pasos...

Deslumbraba el salón y deslumbraban las damas. Los tocados habían concertado un torneo de riqueza y de elegancia, y así fué de mareante el desfilar de tantas bellas admirablemente ataviadas.

Y se bailó con entusiasmo, con un entusiasmo encantador.

En los giros de las danzas las telas se agitaban como alas y los perfumes, dejados como embriagadoras estelas, impregnaban el ambiente, y lo transformaban en lugar de ensueño...

Pero la nota descolante de la noche fué el cotillón bailado por un grupo de distinguidísimas niñas y caballeros.

Cuadro tan hermoso había sido motivo de algunos ensayos. Ellos se efectuaron en la casa

del Excmo. señor Ministro del Brasil, doctor Cyro de Azevedo, dirigiendo a los que tomaron parte la señorita Silvia Azevedo Braga y el señor Luis Giménez Pérez Gomar.

EL CO



SEÑORITAS Y CABALLEROS

Señoritas: Silvia Azevedo Braga, Angélica Ma...
Corina Seré Rücker, María Luisa Díaz Ho...
María Carlota Gianelli Suarez, Laura Stewart Us...
Sara Regules Fernández, Amelia E...
Señores: José Luis Gimenez, Carlos Cat Alvarez, P...
Eugenio Petit Muñoz, Walter S. Bayley, Conra...
Carlos Yache, C. Azevedo Braga, Alejo Arcena E...
Juan Carlos Figari Castro,



BAILARON EL COTILLÓN:

Castro, María Amelia Larriera Velasco,
r, Adela Pons Puig, Celina Passe,
Margarita Belfort Carril, Clotilde Cranwell,
Carril, Haydée Hústendahl.
ells Carafi, Ignacio Zorrilla de San Martín,
rra Urioste, Gonzalo Vazquez Barriere,
Victorino Vitelli, Carlos Ragberg Balparda,
nio Marquez Castro.

Fot: Blanco

Con las niñas y caballeros que tomaron parte y después de muy cuidados ensayos, el cotillón fué bailado en una forma admirable.

Danza lucida, que se presta para lucimiento de elegancia con

sus figuras de atrayente exotismo, dió motivo para que las parejas desarrollaran todo un lujo de habilidad.

Fué presenciado el cotillón con enorme interés, por la enorme concurrencia que llenaba el salón y desbordaba en los palcos, y como decimos antes, fué el "clou" de la noche, la expresión de más refinada elegancia.

Las figuras ejecutadas durante la danza despertaron todas el más vivo interés y algunas fueron comentadas con regocijo, otras con admiración.

Al fin la "farandole" cerró el cotillón en forma brillantísima. Las parejas lanzadas a la locura de un galop, formaron un círculo que giraba raudamente, arrebatando las telas de los trajes, ciñendo las faldas y poniendo un poco de locura en los gestos y en las expresiones.

Todos, damas y caballeros fueron muy felicitados por la forma precisa, armoniosa y gentilísima, que habían bailado el cotillón.

La Comisión de Entre Nous, que preside dignamente la señorita María Rafaela Arauco, puede estar muy satisfecha por el éxito obtenido con este baile, que ha sido, hasta ahora, el más lucido, el más suntuoso y el más concurrido de la "saison" veraniega.

Por cierto que es digno de aplausos ruidosos, no solamente el interés puesto por la Comisión de Entre Nous para organizar la fiesta, sino que también el entusiasmo demostrado por nuestra sociedad para concurrir a tan espléndida "soirée" y contribuir así, en forma generosa, a los fines que la motivaron.

Fines de caridad, altamente recomendables, destino nobilísimo el de los dineros producidos por la fiesta, puesto que fueron ellos a enjugar lágrimas, a amenguar dolores, a dar solución a terribles problemas domésticos en hogares menesterosos.

A las fiestas mundanas les da un encanto especial, el estar organizadas con fines benéficos. Tal la realizada en el Parque Hotel, bajo los auspicios de la Entre Nous, y de cuyo esplendor quedará radiante memoria en los anales de sociedad.

La casa del Dr. Mariano Ferreira



El Doctor
Mariano Ferreira
en su despacho

HARTO placer es para mí el ocuparme hoy de la casa señorial, propiedad del caballero, doctor Mariano Ferreira, y que, dándome satisfacción plena, visité hace unos días, a objeto de engalanar estas páginas con una nota a esa mansión dedicada.

En la ciudad vieja y en la calle de los Treinta y Tres, se halla asentada la casa de este distinguidísimo caballero, casa en la que se guardan verdaderos tesoros de arte.

Allí vive el anciano caballero, que en otros días enlazó su respetabilísimo nombre al de la noble matrona doña Carolina Muñoz. Allí tiene su hogar el descendiente de aquella estirpe de héroes que fundara el Precursor de nuestra nacionalidad y que llega hasta nuestros días con la encarnación caballeresca del doctor Ferreira. Allí fué donde brillara por sus condiciones morales y físicas la señora Carolina Muñoz, esposa del doctor Ferreira, dama de bondad ejemplar y de cultísima sociabilidad.



Un ángulo del gran salón de recepciones

Y ambos, dama y caballero, dieron brillo eneguecedor a tan regia morada, cuando allí se realizaron las fiestas más hermosas que se registran en un cercano pasado social.

A esas fiestas concurría lo más granado de la sociedad de entonces, eran fiestas de férrea presentación. Y se repetían con frecuencia, reclamadas ansiosamente por quienes a ellas tenían la dicha de asistir.

Y así en esos salones, en ese elegante comedor se despidió un día al doctor Blas Vidal y a su distinguida familia, que partía rumbo a Río de Janeiro para asumir allí magníficamente la representación de nuestro país. Otro día se recepcionaba a lo más selecto del gran mundo, en honor de los señores de Heimendahl. Poco después se obsequiaba espléndidamente a los esposos Behering, representantes de S. M. Británica, y lo mismo se hacía con el señor Vicente de Santa Cruz y familia, dignísimo representante de la República Andina.

A estas recepciones, soirées, o comidas concurrían las damas y caballeros que con títulos bien saneados de distinción y de cultura, ocupaban puestos calificados en las esferas sociales de aquella época admirable, que bien podríamos llamar época de oro.

Los bailes que en tan soberbia residencia se realizaban, lo fueron estupendos por lo suntuosos y por lo concurridos.

Y se recuerda, como detalle en verdad sobresaliente de tan soberbias reuniones



Otra vista más completa del salón de recepciones

nes, un minuet que se bailó durante una de esas veladas deslumbrantes. El minuet, la danza clásica de la elegancia de toda una época de hidalguía y de romántica idealidad, fué bailado por un grupo escogido de parejas. Con la indumentaria de época rigurosa: miriñaque, peinetón y grandes abanicos, se presentaron las damas que bailaron el minuet. Y de noche tan memorable se recuerda aun hoy la gracia suprema que ostentara doña Amelia Muñoz de Ramírez, quien se presentó con el traje de corte que luciera gallardamente en la recepción diplomática realizada en el Palacio de Itamarati ante el último de los Braganza que ciñera la corona del Brasil, y ante el cual presentó sus credenciales de representante del Uruguay el iustre doctor Carlos María Ramírez.

Se recuerda también a la señora Adela Ocampo de Heimendahl, que unía a su porte majestuoso de reina, toilette y joyas dignas también de una soberana. A la señora de Arellano, que no siendo infanta, bien lo parecía por la esplendidez de su tocado, por su belleza, por su distinción, que tal era el doñaire con que lucía en salones la esposa del representante de la casa de España. A la señora Delia Márquez de Layte, de suprema distinción y encantadora gracia, era como una aurora. A doña Bernarda Arrien de Howard, que unía a su clara inteligencia "un charme" al cual se rendían todas las admiraciones.

Y otras damas aún, que el cronista no recuerda y lo lamenta en verdad, fueron las que bailaron el famosísimo minuet en compañía de un núcleo de caballeros, que por su nombre, por su distinción y por su arrogancia, tenían derecho a participar en fiesta tan lucida y en danza tan gentil y famosa.

He visitado la casa del doctor Ferreira y mi admiración ha tenido donde explayarse. Un mu-



La Sala de Música

seo de arte, de antigüedades, de admirables objetos y de exquisita decoración y mueblaje, tal es esa mansión. Allí las vitrinas están repletas de maravillas: encajes, joyas de antaño, miniaturas, toda la gama de preciosidades que dan caché a un salón y acreditan su riqueza.

Los cuadros exigen el mayor rendimiento admirativo. Todos los antepasados de las familias Artigas y Ferreira allí figuran diciendo de la nobleza y de la gloria de esa casa.

En el gran comedor candelabros y vajilla todo de plata maciza, de elevado mérito y riqueza sin precedentes entre nosotros.

Y así en todas las dependencias de esta casa

señorial, que como digo antes es un valiosísimo museo, casa donde el pasado parece que ha dejado toda su majestad, y donde, se diría, se guarda la más alta expresión de la magnificencia patricia.

Y esta sensación de reposo, de silenciosa majestad, de noble evocación del pasado, se experimenta en tan respetable mansión en una forma intensa.

Por un instante quedo solo en medio del salón y se diría que el ambiente callado se puebla poco a poco de leves rumores, al principio apenas perceptibles y luego cada vez más intensos. Si, es el rumor confuso de una noche de reunión, cuando aquellas salas desbordaban de concurrencia y brillaban con el derroche de cientos de luces.

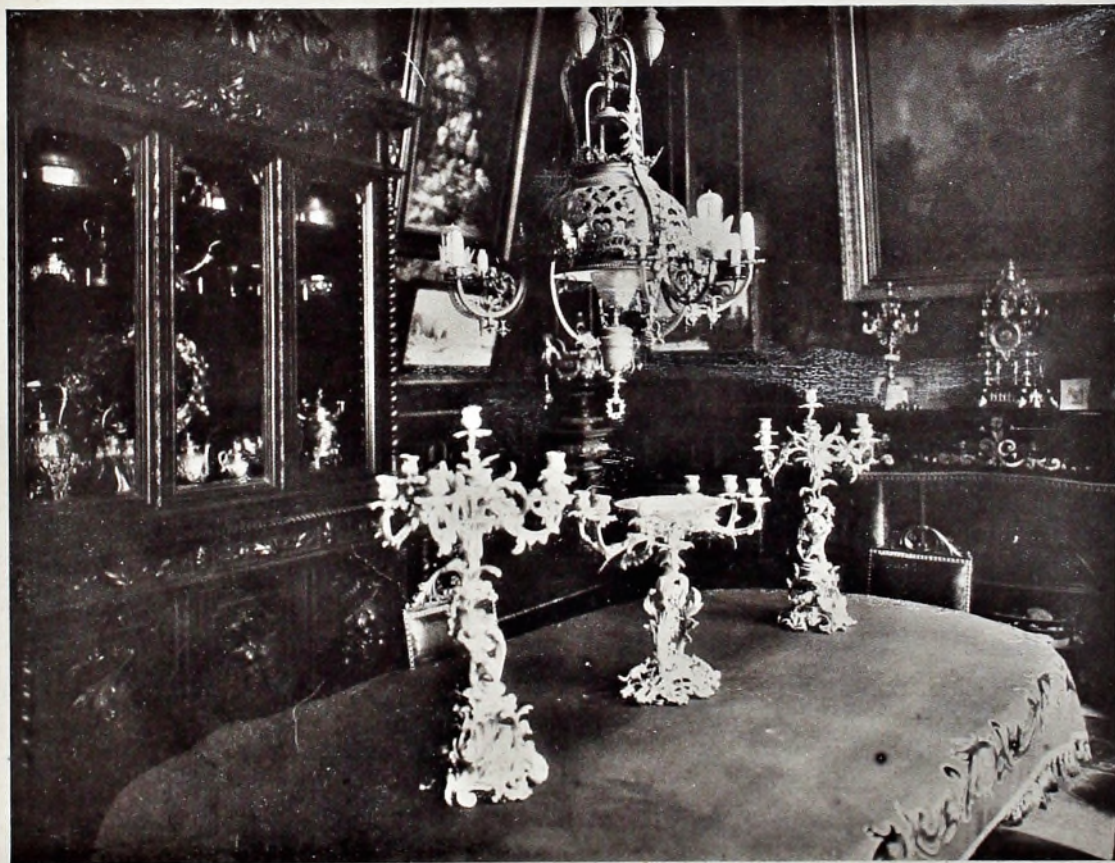
De la penumbra que allí reinaba, parece que surgieran muchas vagas formas, imprecisas, luego más acentuadas y al fin imponiéndose a mi fantasía con los lineamientos de aquellas arrogantes, hermosas, distinguidísimas damas que hollaron las alfombras con el roce suavísimo de sus zapatos de baile.

Los salones cobran así fantástica animación. Todo lo más selecto, todo lo más representativo, todo lo más elegante y famoso por su belleza y su distinción dan a los lujosos recintos todo el esplendor de su prestigio.

Sonrisas, frases galantes, flirts encantadores, danzas impregnadas de majestad, muy lejos de parecerse a las vertiginosas e insinuantes de hoy, en fin, todo el pasado con su admirable carácter de nobleza, sereno, armonioso, de una familiaridad que permitía la selección, realmente subyugante.

Tal vió mi imaginación, tal creí ver recordando épocas pasadas, tal evoqué en medio de la sala, donde flotan los recuerdos de fiestas soberbias.

Cyrano.



El hermoso Comedor



Dibujo a pluma de O. Baroffio.

Oh!, divina paz de los campos, cuando la caída de la tarde pone en el tinte grisáceo de todas las cosas, una nota de tristeza infinita que repercute en el rumor de las ramas y en el murmullo del agua clara de las cañadas!

Oh, dulce y embriagadora tristeza, que enerva los sentidos y aquietta, al mismo tiempo, el torbellino cerebral que pone fuego en las venas y en los ojos, como una anunciación de futuras generaciones!

Bendita y consoladora paz, que se levanta pura e intangible, entre los verdes pastos, tras las cuchillas y quebradas del patrio suelo, sobre los montes de tala y espinillo, o entre la gramilla abundante y jugosa que orilla el camino.

Bendita paz la de los ranchos criollos, que añoran el idilio campero, mientras el ombú los guarda y los sombrea con actitudes de guerrero siempre firme y siempre fuerte, o lo besan con sus claras y reverenciosas copas, los sauces llorones que a su vera han crecido!

Benditos los ranchos, que fueron primero paja y palo y que la sabia mano del hombre adaptó a sus necesidades.

Rancho que sabía ser palacio para aquellas gentes cuya sola pretensión era un chapado de plata en el recado y un flete ligero, para reserva y para correrlo en las fiestas, ante la mirada embobada y envidiosa del gauchaje del pago. Ninguno como él sabía sacar una sortija, o bolear "con lujo" o filetear un trenzado, o barajar con más suerte.

Ese era el más hombre!...

Cuando la tarde cae...

Para "Selecta"

oooOooo

Rancho donde en piso de terrón, se bailaba hasta que el cansancio rendía a las parejas. Rancho que era sala y cocina y alcoba a un mismo tiempo; donde no se negaba un jarro de agua al pasajero, ni un rincón para descansar, al que anochecía en sus inmediaciones...

Benditos los pájaros trinadores, que cruzan como saetas en lo alto, buscando el refugio amigo del alero, o la rama en donde anidan.

Bendito el hornero — ejemplo de trabajo — y el saltarín picaflor y el brillante cardinal y el maravilloso mirlo y la gentil viudita, que pueblan nuestros montes por miriadas y cuyos conciertos, ninguna boca humana podrá jamás reproducir...

Benditas las tímidas florecitas del campo, cuyo perfume silvestre dan al aire, y cuyos colores vibrantes, nacen y mueren ignorados, y bendita por fin, entre todas las cosas, esa madre Naturaleza, que pone luz en los campos durante los encenegadores medios días, y reparte después hasta más allá del horizonte, una sombra que se va acentuando hasta que la noche viene, sorprendente y tranquila, a calmar las inquietudes del espíritu, mientras las estrellas son todavía entre la sombra, mudos testimonios de su poderío y grandeza.

Bendita en la Vida y en la Muerte, que

es madre de la Vida; en los lugares agresivos y en los campos arados; donde el tomillo y la verbena acusan con aromas su presencia, o donde los trigales y avenales se levantan briosos por entre los terrones destruidos por la rastra.

Bendita en los versos de Mallarmé y bendita en los de Regules, cuando canta al paisano viril, a la tierra de todos, sin alambrados divisores y sin patrones egoístas; cuando canta a la tapera, y al cardo y a la flechilla; cuando envuelve en los vibrantes versos de una décima el último gesto bravío del payador, o describe el paisanito decidor, de sombrero echado a la nuca, y golilla con letras bordadas...

Bendita mil veces por todo eso, tierra fértil de mis criollos campos, donde todavía hay huellas visibles de mil idilios amorosos en las tranqueras crugientes y en los palenques gastados, donde el pingo coscojero y reluciente restregaba con impaciencia su pelambre, mientras el gaucho, con el pie en el estribo, sorbía el último mate, o daba el último beso a la enamorada china, cuyos únicos ideales eran el cariño de su gaucho y la vistosa cinta de su trenza!

Oh divina paz de los campos, cuyo tinte grisáceo pone en todas las cosas, a la caída de la tarde, una nota de tristeza infinita, que repercute hondamente en el rumor de las ramas del espinillo o del tala, y en el murmullo del agua clara de los cañadones orillados por la verbena y la gramilla!...

Montevideo, 1918.

J. L. Panizza.

ENTRE los españoles ilustres que arribaron a nuestras playas, en la época colonial, figura en primera línea don Manuel Antonio Ximénez Sandoval Gómez González, Marqués de Saavedra, cuyo origen que data de la más remota antigüedad, cuenta entre sus ascendientes, encumbrados personajes de la más rancia nobleza española.

Vasallo leal de S. M. Católica el Rey de España, desempeñó a entera satisfacción de su Gobierno, diferentes cargos públicos, quien le confió incesantemente arduas e importantes comisiones. Defendió valerosamente la Plaza contra las invasiones inglesas, apoyando heroicamente más tarde la causa de la Monarquía, no sólo durante las luchas de la independencia en el Río de la Plata, sino también con generosos donativos al tener noticia de los funestos acontecimientos ocasionados por los franceses en España. Hechos todos, que le acreditan en bastante forma su lealtad, amor y constante adhesión al Rey y a su Patria, en cuyo obsequio no sólo sacrificó su vida molestanda con prisiones y amenazada de diferentes modos con la muerte, sino que se desprendió franca y espontáneamente de sus cuantiosos bienes y rica fortuna, como lo atestiguan los diversos documentos enviados a la Real Corte, donde fué recibido con demostraciones de simpatía y los honores debidos a su alto rango y muchos méritos.

Dichos testimonios firmados por los Excmos. señores Marqués de Sobremonte, Virrey y Capitán General del Río de la Plata; don Martín de Garay, Virrey del Perú; don Javier de Elío, Teniente General de los Reales ejércitos; don Gaspar Vi-



Escudo de Armas y Blasones de la ilustre casa de don Manuel Ximénez y Gómez

La Ilustre casa de Ximénez y Gómez



Retrato de don Manuel Ximénez y Gómez
Marqués de Saavedra

godet, Capitán General, Ministro de la Guerra; don Jacinto de Acuña Figueroa, Comisario de Guerra, Ministro Principal de Hacienda; don Miguel de Sierra, Secretario de Estado y del Despacho universal de Marina; don José Magín Riuz, Síndico Procurador General; don Manuel Vicente Gutiérrez; don Manuel Nieto, don Manuel Mascullino, don Bernabé Alcorta, don Ramón Doval, don Cristóbal Pugnou, don Domingo Vázquez, don Manuel García de la Sierra, don Juan de Dios Dozo (Secretario), Miembros del Cabildo, Justicia y Regimiento constitucional de la muy fiel, reconquistadora y benemérita de la patria, ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo; forman un valioso conjunto, que merecieron del Cronista, Rey de Armas de número en todos los reinos, dominios y señoríos de Su Majestad Católica el señor don Fernando VII, que Dios Guarde, Rey de las Españas, Islas y tierra firme del Mar Océano; don Francisco Doroteo de la Carrera, entre otros, el siguiente párrafo: "Con tan heroicas acciones, no sólo hase adquirido nobleza personal, dando nuevos realces a la heredada de sus mayores, sino que deja un estímulo y monumento eterno que imitar a su posteridad."

En su casa, centro de cultura y distinción, efectuáronse las reuniones más brillantes y aristocráticas de la época, conservándose hasta nuestros días su recuerdo.

Fué el jefe de una numerosa y distinguida descendencia, vinculada a hogares respetabilísimos de nuestra sociedad.

El retrato y el escudo cuya reproducción publicamos, encuéntrase actualmente en poder de una de sus nietas, doña Clementina Ximénez de Ellis.

En casa de los Marqueses de Castrojeriz. Gabinete estilo de Luis XV. (En el argot familiar, LA SALITA DE MÚSICA). Un gran piano de cola, y al lado un arpa (sello de Erard) justifican el mote. Decorado artístico sin tasación posible, en apariencia; sencillo y fácil de copiar a poco coste; examinando con atención, raro y costoso; de un conjunto sin disonancia, logrado en suma de exquisitos detalles. Cortinajes de seda antigua, azul desvaído en rosa pálido, con ramos de rosas blancas diminutas. Silloncitos de madera blanca con filetes de oro, y asientos de rejilla, también blancos, y sobre ellos almohadones sueltos, de igual tela y color que los cortinajes. Sobre una gran chimenea de mármol, espejo con marco de talla dorado a fuego, reloj y candelabros de bronce y porcelana de Sevres. Pantalla de chimenea y paravent, de cartones pintados, con imitación a copias de Watteau. Una vitrina con figurillas, tazas, tabaqueros y miniaturas antiguas. En las paredes, grabados en madera; un retrato de niña, al pastel, de mano y firma de maestro, y dos o tres cuadros, también al pastel, por el asunto y la ejecución de mano aficionada y femenina pero, con buen maestro.

ESCENA PRIMERA

Personajes: PEPITA CASTROJERIZ, diez y nueve años. Nerviosa, fina como galguito inglés. Movilidad incesante de todo el cuerpo, que contrasta con la frialdad inexpresiva de la fisonomía: como en descoyuntado clown, de rostro rígido, bajo la espesa masa de albayalde. La boca rasgada, de labios finísimos, apretados, que marcan una sola línea roja en la cara pálida, y el pelo, rubio cenizoso, crespo y levantado en atrevido mechón sobre la frente, dan exactitud a la comparación clownesca.

Viste con aristocrática soltura traje que, con ser riquísimo (y así parecería, llevado con otro empaque), en ella sólo parece gracioso, lindo, encargado sin elección, entre otros muchos (cuando había costado más de dos mil francos entre modista, cartas, Aduanas y envío de ida y vuelta a París su media docena de veces). Un modelo de Mme. Nicaud para comida íntima. Blanco, de muselina de seda, adornado con encajes de Irlanda de un color marfileño que amortigua la blancura chillona de la seda, con suave patina. Las mangas, larguísimas, caen hasta media mano y ciñen ajustadas los brazos, que parecen alargados en líneas inflexibles con majestad hierática. Sobre los hombros, la seda se abre plegada en graciosos abanicos, como alas juveniles atrevidas, que protestan abiertas de la rigidez fría, solemne de los brazos. Y en Pepita parece mayor la protesta: aquellas mangas a lo ricahembra oprimen sus bracitos nerviosos de clown descoyuntado. Se adivina que Pepita, si no un vuelo, daría por lo menos un salto mortal.

Anochece, y Pepita concluye de vestirse para la comida: ha pasado de su tocador a la salita de música, porque nadie como ella sabe buscar fondo adecuado a un traje. Sentada al piano, repasa una canción francesa, una canción del siglo XVIII, *marivaudage* expresivo de sentimientos amorosos abullonados, como hueca falda a lo Pompadour.

La armonía rebuscada por Pepita con artificiosa evocación aquietó su pensamiento y sus nervios, más que nunca excitados.

Por los balcones del gabinete (abiertos a un jardín húmedo, sombrío, murmurado por las casas contiguas al palacio de los Castrojeriz) penetra la luz crepuscular, amarillenta, al través del follaje de unos altísimos y frondosos castaños de Indias. Los cortinajes apagan con pliegues de sombra los últimos alientos de la luz mortecina, reflejada sobre la seda brillante de colores tenues. La antigua canción suspira amores de otros tiempos, y Pepita prolonga en aquel anochecer de su alma, en que algo íntimo y profundo de su alma debía alejarse de ella para

Escenas de la Vida Moderna

siempre. Quería suspender su pensamiento, adormecerle, para dulcificar la despedida inevitable.

—¿Cómo pudo ser?
Pepita repasa en su memoria, y al recordar una por una las circunstancias que a tan difícil situación la han traído, como extraña a ella las considera y como si atendiese relato confidencial de amiga íntima, antes curiosa que apenada, se pregunta a sí misma:

—¿Cómo pudo ser? ¿Cómo sin pensar nunca en amarse, sin poder pensarlo, Federico y ella se amaban? ¿Se amaban! No había palabra ni afecto capaces de ocultar el verdadero afecto que los unía. Pero ¿cómo pudo nacer aquel amor? ¿Cuándo pensaron en amarse?

Pepita no comprendía que existe una voluntad inconsciente: un querer lo que no se quiere, y esa voluntad exterior labra fuera de nosotros y de improviso levanta ante nuestra vista la viva imagen de nuestras acciones desconocida, odiosa,

ella siempre enferma a la última moda, con neurastenia por aquella temporada, era una verdadera mujer de lujo, de harem o de gineceo, y Federico, halagado por el contraste, hallaba en Pepita un camarada encantador, juvenil, intrépido, con quien podía hablar de todo mientras guiaba cuatro caballos sin domar. Federico no sabía prescindir de Pepita; era su compañera de pescante en el *mail-coach* su compañera de puesto en las cacerías. En las comidas y recepciones, siempre juntos, departían en animado diálogo, que a ratos parecía de cocheros, a ratos de cazadores, pero siempre terminaba en amoroso tema.

Al principio nadie extrañó la intimidad de Federico y de Pepita. ¿Qué tenía de particular? Se conocían desde niños, eran de la misma clase, tenían las mismas aficiones; además, él casado y ella soltera... ¿quién podía pensar mal? Pero bien pronto notaron ellos mismos que la gente les dejaba mayor espacio, material y moral; ese espacio que las personas de buena sociedad marcan con discreción alrededor de dos amantes: islas del amor, fáciles de descubrir en cualquier salón a poca geografía social que se sepa.

Pronto empezaron las habladurías: los muchachos pretendientes al amor de Pepita retiraban sus candidaturas. Una noche, en un baile, preguntó una amiga a Pepita: "Pero ¿tan enferma está la mujer de Federico?" Un literato insolente insinuó con malicia: "Usted, que tan aficionado es al *modernismo*, ¿no ha leído usted las *Demi-vierges*, de Prevost?" Los Marqueses de Castrojeriz, padres de Pepita, fueron los últimos en enterarse, y aunque nada reprochable vieron en la conducta de su hija, por el buen parecer acordaron que aquello no podía continuar.

¿No podía continuar! Bien lo comprendía Pepita. Pero entonces comprendió cuán hondo era el daño, cómo era imposible romper la intimidad con Federico.

La vida de ambos era un conjunto de frívolos pasatiempos, de pequeneces insubstanciales, pero en cada una de ellas iba unido algo de su pensamiento, de su vida, y eslabonado con soldadura misteriosa, era su vida entera.

Pepita fingió (a poca costa) una enfermedad para retrasar la explicación necesaria.

Llegó el día. Federico la escuchó y la facilitó por su parte. Todo eran habladurías. Su mujer había recibido

anónimos: estaba celosa, insoportable...

—¿Has visto, Pepita? ¿Has visto qué gente? ¡Dios mío! ¿cómo es esto?... Tú eres hombre. ¿Qué me aconsejas?

—Cásate.

Y Federico se despidió de Pepita.

Aquella palabra fué el atormentador de Pepita en muchos días de inquietud, en muchas noches sin sueño. ¡Cásate! ¿Era un consejo de arrepentimiento o de esperanza? ¿Un muro levantado entre los dos para siempre... o puerta franca a sus amores?... ¡Cásate! Sí, se casaría.

Por eso estrenaba un vestido Pepita en aquella comida; por eso repasaba una canción francesa; por eso al prolongar en el anochecer a su alrededor un anochecer de su alma, con el último aliento desmayado de la luz crepuscular, penetraba en su alma por resquicios del pensamiento la luz trémula, indecisa, de una esperanza pedadora.

Y al sentir el corazón acariciado por aquella esperanza, lloraba con indecible tristeza. ¡Pobre virgen loca, que dejó apagar la luz de la lámpara antes de que llegara el esposo!

Así termina la escena primera.

J. Benavente.



Doña Elvira Visillac de la María y Doña Enriqueta Visillac de Fernández

Damas aureoladas por el respeto y la consideración de todos; representación de virtudes, de cultura y de bondad, han traído hasta nuestros días la verdad admirable del austero vivir de épocas pretéritas. Nacieron poco después del fausto acontecimiento de la Jura de la Constitución, el año 30, y hoy con 85 años, pueden ostentar orgullosamente energías extraordinarias. Viven una feliz vejez sin achaques, como era común en nuestros abuelos. Un ejemplo de esta extraordinaria fortaleza es un viaje que acaba de hacer a Paysandú Doña Elvira Visillac para festejar junto a su dignísima hermana el día de su común natalicio. Han desollado en el seno de nuestra sociedad con la imposición de sus altas condiciones morales, con la sencillez nobilísima de sus costumbres, con la verdad representativa de sus hogares modelos.

como de hijo adulterino que nació en nuestra casa sin ser hijo nuestro.

Se querían... sin querer. Sin querer, como dicen los chicos por disculpa, cuando acaba el reír de los juegos por llorar a los golpes de veras. Sin querer hacerse daño, sí; pero sin querer jugar, no.

Por juego prefería Pepita la amistad de Federico. La conversación con él era más divertida que con ningún otro. Por lo mismo que era casado, Pepita le había con mayor libertad. La conversación con los muchachos era muy aburrida. Candidatos probables a maridos, al hablar con una muchacha, parecían temerosos de comprometerse con una frase demasiado expresiva, con una confidencia demasiado íntima. Todos pensaban: "Cuidadito, que puedo caer."

Las muchachas, por su parte, aún más temerosas que ellos por distinto motivo, parecen en actitud defensiva, desconfiadas; todas piensan: "Cuidadito, que puede no caer."

Pepita, de carácter expansivo hasta el desgarro; curiosa observadora del mundo, con ansia de saber y de pensar por sí; Eva espiritual; mordedora golosa, no del fruto de la sabiduría, pero sí de la sabiduría del fruto, detestaba aparentar circunspección de niña casadera. Quería saber a qué sabía todo, el bien y el mal, y con Federico podía arriesgarse en confidencias escabrosas.

Daba pretexto y ocasión para ellas todo género de sport: la bicicleta, los patines, guiar un *tandem*, tirar al blanco.

La mujer de Federico, mimosa, delicada, flor de invernadero; como otras mujeres, vestidas,



Arte femenino

Una bella labor pictórica



Señorita María de las Nieves Garino y Señorita Viera

LOS progresos, en todas las ramas de la ciencia y de la industria, realizados por la mujer uruguaya son indiscutibles de algún tiempo a esta parte. La medicina y la abogacía cuentan ya entre sus profesionales a algunos conocidos nombres femeninos y si es cierto que ese movimiento dignificador no ha adquirido aún una importancia decisiva en los círculos res-



"Estudio" por la señorita Garino



"Estudio" por la señorita Garino

pectivos, débese más que nada a la lógicamente lenta transformación de las leyes y costumbres sociales, que son todavía un obstáculo difícilmente saivable para la mayoría de nuestras mujeres.

Sin embargo, quienes elevándose por sobre la generalidad logran destacar sus condiciones con alguna obra de aliento, que no sea sólo una bella esperanza ni una promesa, sino la consagración de aptitudes poco comunes y por lo mismo valiosas, debe merecer el apauso de sus compatriotas y la frase alentadora de los que no consideran ya a la mujer como un vulgar adorno de la casa (uno más), sino como algo valioso e imprescindible con la mayor suma posible de teorías y conocimientos, ya sea para participar con el hombre de las agridulces sorpresas de la vida, o para bastarse a sí misma moral e intelectualmente. El rol de la mujer en la actualidad, se diferencia efectivamente, en forma fundamental del que se le asignaba en sociedad, cinco o seis lustros atrás. Ya no basta con que sea amorosa madre, esposa ejemplar o virtuosa hermana; las actividades cada vez mayores de la vida mundana,

ejercen sobre el cerebro y el espíritu una influencia eficaz que se traduce en la necesidad de "saber" y ello es lo que impulsa a la femenina grey por nobilísimos caminos de trabajo y estudio, preparándose para dar bríos a las futuras generaciones.

Relacionada íntimamente con lo que decimos, está la labor interesante y valiosa de la señorita María de las Nieves Garino, que acaba de exponer en el salón Maveroff una serie de cuadros debidos a su pincel.

La señorita de Garino, cuñada del actual Presidente de la República, posee un fino temperamento artístico, y en la tranquilidad de su taller, mientras mezcla el color en la paleta, sus ojos serenos y lucientes, se animan fulgurantes, vivo testimonio de que el fuego interior tiene vida vigorosa.

Con motivo de esta exposición en la que había obras de verdadero mérito, la inteligente artista ha sido muy felicitada, así como su maestro, el conocido dibujante señor Rodríguez Arasa, que cuenta a la señorita de Garino como a una de sus discípulas más inteligentes y predilectas.

Una carta

Trazaba en los campos del olvido surcos inconstantes donde no germina la semilla de la justicia.

Aquel bendito índice que curó llagas, que intimó a Lázaro la perentoria orden de resurrección, aquel piadoso índice de aquella gloriosa mano, trazaba irónica y bondadosamente la escritura del amor, de la paz, de la clemencia.

Sermones en desierto, escritura en la movediza costra del globo, eso viene a ser la labor del Divino Moralista. Nos conocía.

Y como porfiasen en preguntarle, se enderezó y les dijo: *El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero.*

Y sin mirar a sus tentadores, Jesús volvió a insistir en la lección gráfica, pues inclinándose de nuevo continuaba escribiendo en tierra.

Desde entonces cuántas veces han repetido los literatos y los moralistas las sublimes palabras del Nazareno, aplicándolas únicamente a los pecados conyugales. Yo voy a extenderlas a todos.

En ninguno de los innumerables delitos de adulteración se puede ser el primero en tirar la piedra. Todos vivimos falsificando, adulterando la naturaleza, sin que el universo sea vino o aceite.

Un modisto parisiense, incitado por el ansia de lucro, se exprime el aterciopelado cacumen

para inventar la moda. Su deseo es que las mujeres vestan con elegancia sin aprovechar los trajes de la temporada anterior. Y ese modisto, y otros de la misma clase, consiguen su intento. Somos esclavas de él, esclavas sumisas que, ¡oh paradoja!, se costean la esclavitud haciendo gastos principescos. Figúrate lo que es la vida de una sierva del señor Antoine, tirano caprichoso y loco. ¿Cómo queremos ser libres en tales condiciones?

El trabajo, verdadero o fingido, resulta el único remedio contra el hastío y la neurastenia, esos dos primeros ministros de Wold y Paquín. ¿Qué envidia tengo a las mujeres que ahora imitan a los hombres, no en llevar sombreritos varoniles ni capotes casi militares, sino en el trabajo de las balas, de las fábricas, de los hospitales, de la agricultura!...

Quedamos en que si no hubiera piedras, sería preciso inventarlas para arrojarlas a nuestros verdugos.

Volvamos al Evangelio. Después que el Maestro dió su famosa sentencia: *El que esté libre de culpa, etc.*, los que lo interrogaban se fueron poco a poco y sin chistar. No podemos negar que es un modo muy gentil de oír verdades y... no enojarse.

Cuando Jesús levantó la cabeza, estaban solo; él y la pecadora. Y le dijo el Nazareno: — *Vete y no peques más.*

No pecó más, pero quisiera saber cómo vistió desde aquel día en adelante.

Berta.

Mi querida: Indolentemente aburrida paseo todas las tardes por donde pasean todos. La fuerza de la costumbre nos lleva, aun cuando nosotros no queramos.

Los hombres, las mujeres, las parejas que también andan por ahí, creerán que aguardo algo... Nadie ha de creer, en cambio que medito. Y nadie lo ha de creer porque ninguno de esos hace lo que yo: eso es meditar.

Yo paseo y pienso. El tema de mis actuales y honestísimas correrías por el bosque es el evangelio de San Juan, capítulo octavo. ¿Qué te parece?

San Juan Evangelista me resulta el mejor de los cuatro, el más profundo, y ese capítulo octavo, un monumento de sabiduría poética.

Cuenta en tal pasaje que Jesús, muy de mañana, "volvió al templo, y vino a El todo el pueblo, y sentado les enseñaba. Y los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en... en... ya supondrás que se trata de aquella esposa, víctima de la carencia de una ley sobre el divorcio.

Y Moisés nos mandó en la ley — añade el escriba o el fariseo que estaba en el uso de la palabra — *apedrear a éstas. ¿Pues tú qué dices?* Entonces, Jesús inventó una sublime parábola sin palabras. Inclínándose hacia abajo, escribía con el dedo en la tierra.

¡Escribía con el dedo en la tierra! ¿comprendes? Escribía, como los enamorados, palabras de amor sobre la arena que el aire iguala luego.

RECUERDO

En el album de las
Señoritas Mainez Rondeau.

Cual cristalina gota de rocío
En la templada noche desprendida
Vino al mundo esa estrella bendecida
Que se ha llamado siempre la mujer,
Estrella de cariño y de consuelo
Estrella que fulgura a toda hora
Pura como la lumbre de la aurora
Dulce como la risa del placer.

Ella forma nuestro encanto
En la noche solitaria
Cuando su tierna plegaria
Entona tierna su amor;
Cuando con voz cariñosa
Y con su dulce sonrisa
Que brota el labio indecisa
Destruye nuestro dolor.

Y qué sería del hombre
Si abandonado a su suerte
A cada instante la muerte
Viera siempre en su vivir,
Sin que una mano suave
Su mano helada tocara,
Sin que su vista alcanzara
Compasión en su sufrir?

Sin destino fugitivo
En el mundo vagaría
En una noche sombría
De misterio y de dolor,
Su maldición inclemente
Llevando en su frente escrita
Sobre su frente maldita
Sin familia, sin amor

Mas ya que Dios en su bondad eterna
En ella fiel nos deparó su encanto
Quiero su amor para enjugar mi llanto,
Yo quiero siempre su amistad poseer:
Por eso en esta página bendita
Consagrada al futuro y al presente
Pido un recuerdo de amistad ferviente
A Isela y Julia Carmen e Isabel.

Amancio Alcorta.



A LA JUVENTUD

Jóvenes, avansad sobre laureles
Para halagar del genio la esperansa!
Fco. Cea.

¡Juventud de mi patria! alza la frente
Del hondo abismo do yacías hundida,
Y tu mirada de arrogancia henchida
Elévese el excelso luminar;

Róbale un rayo de su foco ardiente
Que te ilumine como sacro faro;
Y lanza tu bagel, cual el avaro
Sediento de oro, de la gloria al mar!

Con arrojo sin par rompe la valla
Que obstruye el paso a la preclara cumbre
Donde entre nubes de azulada lumbre
Te ofrece el genio espléndido laurel:

Que en alas de la fe y el entusiasmo
Pronto se llega a su esplendente trono.
Basta ya de apatía y de abandono!...
Lánzate, pues, generación novel!

Muy grande es tu misión; más grande tu
[alma,
Sabrá dejarla por tu prez cumplida!...
Tiempo es ya de emprender esa subida,
Tiempo es acaso de vencerla ya!

¿Qué importa lo escabroso de la senda
Cuando a nuestra alma la esperanza anima,
Cuando logramos escalar la cima
De esa eminencia do la gloria está?

¿Qué importa que la imbécil muchedumbre
Nos salga al paso como vil gavilla,
Si en nuestra frente fascinante brilla
Sólo un destello de esperanza y fe?...

— Ante esa lumbre fascinada un día
Ella verá su nada y su bajeza,
E inclinará humillada la cabeza
Hasta rozarla con su mismo pie!

El genio osado que su polvo huella,
Cuando el tiempo su nada pulveriza,
Sobre pueblos y edades se entroniza
Para brillar eterno como el sol;

Y como el sol, en su constante turno,
De mil generaciones en la aurora
El cielo hermoso de la fe colora
Con tintas de bellissimo arrebol.



Heraclio C. Fajardo

Lánzate, pues, generación presente,
Que los ánimos fuertes no zozobran!
Faltan cabezas y "laureles sobran"
Para del genio coronar la sien.

Lánzate avara, pues ejemplos tienes
Que alienten tu alma intrépida en su vuelo,
Hasta tocar el anhelado cielo
Donde la gloria colocó su Edén!...

A la par tuya me verás pugnando
Tras nueva esfera y perdurable vida,
Cual suele entre cóndores, atrevida,
Su vuelo una avecilla remontar.

Podrá faltarme la celeste chispa
Que constituye el genio y lo sublima,
Mas no la sed de gloria, que me anima
Y me hace un lauro de su mano ansiar!

Fe no me falta ni entusiasmo ardiente,
De la existencia en el fulgor temprano;
Fáltame sólo una potente mano
Que me ayude benéfica a subir...

¡Dame la tuya, Juventud robusta!
Y uniendo al tuyo mi entusiasta acento
Haremos resonar nuestro contento...
Y el mundo luego nos sabrá aplaudir!

Para ello sólo es necesario anhelo,
Perseverancia y entereza de alma;
Porque del triunfo nos darán la palma
Si en él tenemos inmutable fe...

¡Ea, pues, coraje!... El porvenir ya luce
Que ha de poner el sello a nuestra obra;
¡Constancia, juventud! y sin zozobra
Dejemos luego que su fallo dé!...

Heraclio Claudio Fajardo.

AUNQUE la preclara Marta Costa de Carril (Gala Placidia) en *El Plata* y el siempre elocuente doctor Zorrilla de San Martín en la Conferencia de la Universidad han presentado ya al público de Montevideo su ilustre visitante actual, la insigne escritora Concepción Gimeno de Flaquer, *SELECTA* debe a sus lectores algunos datos inéditos aún, sobre la dama meritísima española que ha formado su larga y noble vida consagrada exclusivamente al trabajo, a la cultura pública en la tribuna, en la prensa, en la honestidad, en el bien y en la justicia, con programa de verdades para los encumbrados y de consuelo y justicia para los humildes.

Nacida en Aragón, como el abuelo de Artigas, y los Echegaray, Ramón y Cajal, Cavia y Eusebio Blasco, comenzó muy joven su vida literaria con el entusiasmo y tenacidad característicos del solar de las libertades y del amor, eternizados la primera por el Juramento de sus Reyes al pueblo y el segundo cantado en los Amantes del Teruel en la ópera de Tomás Bretón y por Muñoz Degraín en el lienzo.

A los 23 años fundó en Madrid "El Album Ibero-Americano" en la época en que sobresalían el genial Alarcón, el sorprendente Selgas, el conceptuoso Castro y Serrano, el ameno Carlos Frontaura, el erudito Julio Nombela y tantos otros ilustres representantes de las letras castellanas.

Su libro *La mujer española* inspiró frases de elogio al polígrafo L. Augusto de Cueto y una carta encomiástica a Víctor Hugo.

Casada muy joven con el publicista catalán don Francisco de Paula y Flaquer, de la ilustre familia de Mané y Flaquer, Director durante 40 años de "El Diario de Barcelona", que tiene respetables deudos en Montevideo, y había formado parte de la prensa y Legación de España en Buenos Aires en 1862 como Secretario de don Carlos Creux; la señora Gimeno de Flaquer recorrió la Europa, visitando los grandes centros culturales y relacionándose con las más célebres personalidades de las letras, las artes y del pensamiento moderno.

En 1883 fué a Méjico, donde según nuestro amigo don Teodoro Guerrero, autor de "Las llaves", los poetas le cantaron; las sociedades científicas y literarias le ofrecieron un lugar en su seno y las familias se disputaron obsequiarla. Durante siete años publicó en la capital mejicana "El Album de la mujer".

En 1887 visitó a Cuba y en La Habana dió varias veladas con gran éxito.

De regreso a España, dió conferencias en el Ateneo de Madrid, en la Sociedad Española de Higiene, en la Unión Ibero-Americana y en el Círculo de Bellas Artes.

En su visita a Italia, invitada por la Asociación de la Prensa, dió una conferencia, "La mujer italiana en el Arte y en la historia", que fué traducida en los principales periódicos de Roma, Florencia, Milán y Nápoles.

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER



SU LIBRO "AMÉRICA"



Doña Concepción Gimeno de Flaquer



Un gran crítico, ha dicho que es una escritora seria, que en este mundo de miserias, envidias e injusticias, ve y concibe algo más que los pasados tiempos literarios, es la pensadora piadosa y humanitaria que pone su bien cortada pluma al servicio de las causas más nobles que agitan hoy al mundo.

Mme. Ratazzi, en cuyos salones napoleónicos del Gran Boulevard de París, conocimos a la señora Gimeno, decía en "L'Espagne": Mme. de Flaquer "est par excellence l'escrivain féministe de l'Espagne".

Las novelas "Culpa o Expiación", "Una Eva moderna", "Maura y Sofía", "El doctor alemán", han merecido juicios favorables de la crítica.

Sin embargo, la señora Gimeno ha dedicado su mayor pensamiento a crear una enciclopedia del feminismo inagresivo, tendente a la espiritualización gradual de la mujer como preparación para sus transformaciones futuras. Ha publicado nueve volúmenes que satisfacen aquél fin: "Evangelios de la mujer", "Mujeres de regia estirpe", "Mujeres de raza latina", "En el salón y en el tocador", "La mujer intelectual", "Madres de hombres célebres", "Mujeres vidas paralelas", "La mujer española", "La mujer juzgada por una mujer".

Como síntesis crítico de esta laboriosa bibliografía, basta la opinión de Salvany describiendo este temperamento intelectual: "La autora de "Evangelios de la mujer" constituye una alta personalidad literaria, posee estilo propio, brillante, correcto y pulcro, en el que hay algo caballeresco, y delicadamente femenino a la vez; es el estilo de una dama elegante sin rebuscamientos, ataviada sin pretensiones, y sencilla sin abandono."

Incansable en su propaganda feminista, ampliando continuamente su escenario, y deseando conocer personalmente toda la América de origen español, comenzó hace cinco años la gira continental que termina ahora en el Uruguay con sus aplaudidas conferencias en la Universidad de Montevideo, recogiendo con admirable energía, materiales propios, originales impresiones para su libro, obra de verdad y de arte sobre los hombres, la mujer, los hechos y cosas de América, con exclusivo y libre criterio de investigación, exposición y crítica.

En su larga y penosísima gira por algunas regiones, ha dado conferencias en Méjico, Venezuela, Colombia, Cuba, San Salvador, Costa Rica, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Paraguay y Uruguay, acompañada siempre de su esposo, formando una pareja viajera, digna de admiración bajo muchos conceptos.

La señora Gimeno de Flaquer ha tratado personalmente a los grandes políticos e ingenios gobernantes y pensadores de los países recorridos, sin distinción de partidos y creencias, estudiando el paralelismo de todos ellos, admirando el diferente barómetro de cultura social e individual en cada República y adjudicando a Montevideo el lugar preeminente por su posición geográfica, la cultura de su pueblo, la pureza de su raza, los progresos de su capital, los adelantos de sus instituciones y la equidad de su legislación con la mujer y hasta del valor de su moneda, la mayor del mundo.

La señora Gimeno de Flaquer por su cultura y modernismo refleja bien la nueva España que surge hoy tan gallardamente al sangriento resplandor de la tragedia europea y a la propaganda benéfica y labor honrada de sus hijos en América.

Que la obra de la insigne dama tenga feliz término y forme un eslabón más en los lazos de afecto que unen a la Madre Patria con sus hijas emancipadas.

Montevideo, Enero de 1918.

Matías Alonso Criado.

INOLVIDABLE Marcela: Tu larga misiva me ha dejado triste y cavilosa, haciéndome rememorar lo pretérito de nuestra juventud, ¡ay! tan lejana que ya el oro de nuestros cabellos se trocó en plata y en ceniza casi todas nuestras ilusiones.

Al decirme que el próximo matrimonio de tu hija Isabel te produce grandes inquietudes, las que asaltan a las madres con hijas casaderas, has avivado, sin saberlo, la pesadumbre de toda mi vida desde que vestí las galas nupciales.

Y, aquí, como si lo viera, te quedas suspensa y asombrada como el que recibe noticia de algo inconcebible. Pero ¿qué dice esta Pilar? ¡Si no hay en el mundo quien pueda ser más feliz que ella! Posee todo cuanto debe satisfacer a una mujer: salud envidiable, bienes de fortuna en abundancia; la consideración y el afecto de la sociedad en que vive; un marido ejemplar, simpático, bondadoso, que la quiere con delirio. Y por si esto no bastara, podría halagar su vanidad, si Pilar fuera vanidosa, el ceñir a su cabeza una corona con-

Tal supones con lógica irrefutable al parecer, puesto que, loado sea Dios, gozo de excelente salud, me consideran, halagan y hasta me adulan cuantos me tratan, tengo un marido inmejorable que me adora, soy rica y soy condesa... Y, sin embargo, Marcela, no soy venturosa, no lo seré, no lo he sido nunca, es decir, sí, al alborar de mi juventud, cuando sin ser niñas ni mujeres del todo, anidan en nuestras cabecitas tantísimas mariposas de ilusión... Después...

Atiende... Voy a referirte un suceso que tu exquisita sensibilidad femenina sabrá apreciar en todo su valor, explicándote la causa de mi pesadumbre.

El lance resultaría vulgar y prosaico si no encerrara algo que tal vez los espíritus razonadores y fríos calificarían de sensibilidad de mujer romántica. Acaso lo sea, pero, ¡Dios mío!, si a ratos no fuéramos un poco románticas, ¿seríamos mujeres?...

Años después de casada y en un hermoso día primaveral, retornaba yo a mis lares arrelinada en el landó. Era mediodía. El cochero paró de pronto para dar paso a otro carruaje que desembocaba por la próxima esquina. Distraída, dirigí la mirada hacia tal sitio, y vi al pie de la valla de una casa en construcción un cuadro típico popular. Los albañiles y sus familias comían, sentados en el santo suelo, el clásico cocido. Mis ojos fijáronse en una parejita: "él", un guapo mozo; "ella", una gentil morena; los dos con ese no sé qué inconfundible que de-

Un buen consejo



lata a los hijos del pueblo: entre ambos humeaba una fuente de loza ordinaria, llena de garbanzos, carne y tocino que el azafrán daba aspecto apetitoso. Si hubieras visto con qué gusto comía su puchero la parejita; las miradas que el albañil dirigía a la moza, su mujer a todas lu-

ces, y las de de ésta a "su" hombre, seguramente habrías pensado, como yo pensé en aquel momento, que la felicidad existe en el mundo. ¡Ya lo creo que existe!

Cuando arrancó el coche, dirigí una última e intensa mirada a la pareja, y suspiré...



Ernestina Muñoz y Maines de Biraben

Dama que ocupó sitio distinguido en nuestros salones. Brilló por su belleza, por su elegancia, por su distinción. Su recuerdo es como una brillazón de exquisitez y de cultura. Joven, en pleno triunfo de vida, la muerte la arrebató a los suyos y a la sociedad, donde actuaba con tanto lucimiento. Generosa, plena de virtudes, de nobilísimos sentimientos, vinculó su nombre a nuestras obras buenas.

envidiosa de su felicidad, porque en los ojos de "él" y de "ella" se asomaba el amor... ¿Acaso no es esta la mayor ventura que puede gozarse en la vida?

Mientras el landó rodaba, seguía mi pensamiento obsesionado con "aquello" que era tan diferente a lo "nuestro", es decir, a lo mío, porque tengo la evidencia absoluta de que Luis, mi marido, me ama. ¡Ojalá él pudiera hacer parecida afirmación respecto de mí!... Porque yo — te lo declaro a ti ahora, a ti que eres la más leal y querida de todas mis amigas — no correspondo a mi marido en su afecto... Antes de conocerle, otro hombre se adueñó de mi voluntad y hacía él volaron para siempre todas las mariposas de que te hablé antes. Con ese hombre hubiera sido tan dichosa como lo era la humilde menestrala que comía al pie de la obra con el albañil...

Pero no tuve valor para sufrir el calvario que el logro de tal ventura me imponía arrosar. Lo confieso; fui débil, fui cobarde como lo son todas las hijas que no saben rebelarse contra la voluntad más veneranda de la tierra.

El, el único hombre que he amado, ocupaba la modesta plaza de escribiente en la fábrica de tejidos de mi padre... Se interpuso Luis, un aristócrata, realmente enamorado de mi persona, no de mi dinero puesto que poseía más cuantiosos bienes de fortuna que yo... Mis padres, llenos de júbilo, halagados en su vanidad, concertaron la boda... y me casé, sometiéndome a sus deseos con esa melancólica pasividad de los que se resignan a sacrificarse en holocausto de sus deberes filiales.

Ya lo sabes todo, amiga mía. ¿Comprendes el por qué tu carta ha avivado mi pesadumbre, esta pesadumbre que es el gusano roedor de mi existencia, que nadie, absolutamente nadie, salvo tú, conoce?

Por eso, cuando me cuentas tus inquietudes relacionadas con el próximo matrimonio de tu hija, y me haces entrever que el prometido no ocupa la posición social que tú y los tuyos hubierais deseado ocupara, me atrevo a decirte que, si es hombre honrado y trabajador, y es verdad que Isabel le quiere — las madres siempre saben leer esta verdad en los ojos de sus hijas — no titubees un momento: acéptale y harás feliz a dos seres.

Te lo asegura, por la triste experiencia que ha adquirido, tu amiga que te envía mil besos,

Pilar.

¿Necesitaré indicarte que debes entregar al fuego esta carta?... — Por la copia: Alejandro Larrubiera.

Veraneo en la Estancia

Un paréntesis a la vida mundana. Un paréntesis que se abre en la comba majestuosa y magnífica del cielo extendiéndose infinito de uno a otro horizonte, y se cierra, cuando los primeros vientos recios arquean todos los árboles, los que bordean el arroyo, los que señalan a lo lejos el puesto o la estancia vecina.

Todas las frivolidades que suelen meterse de rondón en el espíritu, al aspirar el ambiente enrarecido de los lugares de reunión, se evaporan ante la inmensidad del campo, ante la fuerte imposición viril de la naturaleza, ante la contemplación del cielo, visto allí, fácilmente, apenas se levanta la vista, en toda su abrumadora grandiosidad.

Cae el sol. Todo experimenta en derredor un impulso de recogimiento. Cesa el viento, enmudecen las mil voces de la naturaleza, es como un compás de espera en la sublime sinfonía de lo creado. En esos instantes el alma se sobrecoge, y el más alocado de los espíritus rinde el homenaje de un punto de reflexión a la impresionable majestad de la hora.

Se esfuman entonces las pequeñas vanidades, los anhelos más o menos pecaminosos, las futilidades que son enormes en un salón y microscópicas en el campo, las rivalidades sociales, las murmuraciones, los flirts insustanciales... Sólo queda en el pensamiento, como una luz única y brillante en la vasta inmensidad de un



Gouache de Sanlana

templo, el hondo, el indestructible respeto hacia ese gran misterio que crea y destruye incesantemente, que nos forma y nos disuelve, que desencadena tempestades y nos ofrece la infinita belleza de una aurora, que juega con todos los poderes humanos como un chico con sus muñecos de cartón, que pone espantables rugidos en la gar-

ganta del tigre, y encantadores trinos en la del ruiseñor, que tranquiliza al mar y lo enfurece, que guía al sol en su carrera hoy de perpetuo triunfo y quizá mañana de espantable derrumbe.

Veraneo en la estancia!...

Es algo más que una serie de cabalatas, que la alegre contemplación de las faenas rurales, que las deliciosas excursiones al arroyo, que las siestas amables y que los insólitos madrugones, porque la novedad del ambiente rompe todas nuestras perezas y porque el sol se cuele porfiadamente aun por los resquicios de los postigos más cerrados, poniendo un escandaloso bailoteo de átomos en diversos puntos de la habitación y aún, osadamente, sobre nuestra cara.

Es algo más que todo eso tan dulcemente egológico: es también el paréntesis reflexivo de que he hablado antes, un baño de sol para el cuerpo y un baño de tranquilidad para el espíritu, un poco contrariado siempre por el vértigo de la vida mundana, por el mareo de la feérica visión de los salones en noches de fiesta.

Veraneo en la estancia es salud que se almacena, es vigor que se adquiere, es serenidad que entra en el espíritu; un poco de inmensidad que guardamos en las pupilas y que luego, vueltos a la ciudad, nos impide fijarnos en muchas cosas pequeñas.

Veraneo en la estancia!...

Enry Esmond.

CALISTO y Melibea se casaron — como sabrá el lector, si ha leído La Celestina — a pocos días de ser descubiertas las rebozadas entrevistas que tenían en el jardín. Se enamoró Calisto de la que después había de ser su mujer un día que entró en la huerta de Melibea persiguiendo un halcón. Hace de esto diez y ocho años. Veintitrés tenía entonces Calisto. Viven ahora marido y mujer en la casa solariega de Melibea; una hija les nació que lleva, como su abuela, el nombre de Alisa. Desde la ancha solana que está en la parte trasera de la casa se abarca toda la huerta en que Melibea y Calisto pasaban sus dulces coloquios de amor. La casa es ancha y rica; labrada escalera de piedra arranca de lo hondo del zaguán. Luego, arriba, hay solares vastos, apartadas y silenciosas camarillas, corredores penumbrosos, con una puertecilla de cuarterones en el fondo, que — como en Las Meninas, de Velázquez — deja ver un pedazo de luminoso patio. Un tapiz de verdes ramas y piñas gualdas sobre el fondo bermejo cubre el piso del salón principal; el salón, donde en cojines de seda, puestos en tierra, se sientan las damas. Acá y allá destacan silloncitos de cadera, guarnecidos de cuero rojo, o sillas de tijera con embutidos mudéjares; un contador con cajonería de pintada y estofada talla, guardapapeles y joyas; en el centro de la estancia, sobre la mesa de nogal, con las patas y las chambranas talladas, con fiadores de forjado hierro, reposa un lindo juego de ajedrez con embutidos de marfil, nácar y plata; en el alinde de un ancho espejo refléjanse las figuras aguileñas, sobre fondo de oro, de una tabla colgada en la pared frontera.

Todo es paz y silencio en la casa. Melibea anda pasito por cámaras y corredores. Lo observa todo; ocurre a todo. Todo lo previene y a todo ocurre la diligente Melibea; en todo pone sus dulces ojos verdes. De tarde en tarde, en el silencio de la casa, se escucha el lánguido y melodioso son de un clavicordio: es Alisa que tañe. Otras veces, por los viales de la huerta, se ve escabullirse calladamente la figura alta y esbelta de una moza; es Alisa que pasea entre los árboles.

La huerta es amena y frondosa. Crecen las adelfas al par de los jazmineros; al pie de los cipreses inmutables ponen los rosales la ofrenda fugaz — como la vida — de sus rosas amarillas, blancas y bermejas. Tres colores llenan los ojos en el jardín: el azul intenso del cielo, el blanco de las paredes enclavadas y el verde del bosque. En el silencio se oye — al igual de un diamante sobre un cristal — el chiar de las golondrinas, que cruzan raudas sobre el añil del firmamento. De la taza de mármol de una fuente cae deshilachada, en una franja, el agua. En el aire se respira un penetrante aroma de jazmines, rosas y

Las Nubes

magnolias. “Ven por las paredes de mi huerto”, le dijo dulcemente Melibea a Calisto hace diez y ocho años.

Calisto está en el solejar, sentado junto a uno de los balcones. Tiene el codo puesto en el brazo del sillón y la mejilla reclinada en la mano. Hay en su casa bellos cuadros; cuando siente apetencia de música, su hija Alisa le regala con dulces melodías; si de poesía siente ganas, en su librería puede coger los más delicados poetas de España e Italia. Le adoran en la ciudad; le cuidan las manos solícitas de Melibea; ve continuada su estirpe, si no en un varón, al menos, por ahora, en una linda moza, de viva inteligencia y bondadoso corazón. Y, sin embargo, Calisto se halla absorto, con la cabeza reclinada en la mano. Juan Ruiz, al arcipreste de Hita, ha escrito en su libro:

... et creí la fabrilla

Que dis: Por lo pasado no estés mano en mejilla.

No tiene Calisto nada que sentir del pasado; pasado y presente están para él al mismo rasero de bienandanza. Nada puede conturbarle ni entristecerle. Y, sin embargo, Calisto, puesta en la mano la mejilla, mira pasar a lo lejos, sobre el cielo azul, las nubes.

Las nubes nos dan una sensación de inestabilidad y de eternidad. Las nubes son — como el mar — siempre varias y siempre las mismas. Sentimos mirándolas como nuestro ser y todas las cosas corren hacia la nada, en tanto que ellas — tan fugitivas — permanecen eternas. A estas nubes que ahora miramos, las miraron hace doscientos, quinientos, mil, tres mil años, otros hombres con las mismas pasiones y las mismas ansias que nosotros. Cuando queremos tener apasionado el tiempo — en un momento de ventura — vemos que han pasado ya semanas, meses, años. Las nubes, sin embargo, que son siempre distintas, en todo momento, todos los días, van caminando por el cielo. Hay nubes redondas, henchidas, de un blanco brillante, que destacan en las mañanas de primavera sobre los cielos traslúcidos. Las hay como cendales tenues, que se perfilan en un fondo lechoso. Las hay grises sobre una lejanía gris. Las hay de carmin y de oro en los ocasos inacabables, profundamente melancólicos, de las llanuras. Las hay como velloncitos iguales e innumerables, que dejan ver por entre algún claro un pedazo de cielo azul. Unas marchan lentas, pausadas; otras pasan rápida-

mente. Algunas, de color ceniza, cuando cubren el firmamento, dejan caer sobre la tierra una luz opaca, tamizada, gris, que presta su encanto a los paisajes otoñales.

Siglos después de este día en que Calisto está con la mano en la mejilla, un gran poeta — Campoamor — habrá de dedicar a las nubes un canto en uno de sus poemas titulado “Colón”. Las nubes — dice el poeta — nos ofrecen el espectáculo de la vida. La existencia ¿qué es sino un juego de nubes? Diríase que las nubes son “ideas que el viento ha condensado”; ellas se nos representan como un “traslado del insondable porvenir”. “Vivir — escribe el poeta — es ver pasar”. Si; vivir es ver pasar: ver pasar, allá en lo alto, las nubes. Mejor diríamos: vivir es ver volver. Es ver volver todo en un retorno perdurable, eterno; ver volver todo — angustias, alegrías, esperanzas — como esas nubes que son siempre distintas y siempre las mismas, como esas nubes fugaces e inmutables.

Las nubes son la imagen del Tiempo. ¿Habrá sensación más trágica que aquella de quien sienta el Tiempo, la de quien vea ya en el presente el pasado y en el pasado lo porvenir?

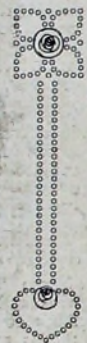
En el jardín, lleno de silencio, se escucha el chiar de las rápidas golondrinas. El agua de la fuente cae deshilachada por el tazón de mármol. Al pie de los cipreses se abren las rosas fugaces, blancas, amarillas, bermejas. Un denso aroma de jazmines y magnolias embalsama el aire. Sobre las paredes de nitida cal resalta el verde de la fronda; por encima del verde y del blanco se extiende el añil del cielo. Alisa se halla en el jardín, sentada, con un libro en la mano. Sus menudos pies asoman por debajo de la falda de fino contray; están calzados con chapines de terciopelo negro, adornados con rapacejos y clavetes de bruniada plata. Los ojos de Alisa son verdes, como los de su madre; el rostro, más bien alargado que redondo. ¿Quién podría contar la nitidez y sedosidad de sus manos? Pues de la dulzura de su habla, ¿cuántos loores no podríamos decir?

En el jardín todo es silencio y paz. En lo alto de la solana, recostado sobre la barandilla, Calisto contempla extático a su hija. De pronto, un halcón aparece revolando rápida y violentamente por entre los árboles. Tras él persiguiéndole, todo agitado y descompuesto, surge un mancebo. Al llegar frente a Alisa, se detiene absorto, sonríe y comienza a hablarla.

Calisto lo ve desde el carasol y adivina sus palabras. Unas nubes redondas, blancas, pasan lentamente, sobre el cielo azul, en la lejanía.

Azorín.

Cosas de Teatro



"Maja" modelo de Nestor.

MONTEVIDEO tiene en materia teatral (y en otras materias) una característica particularísima. Para los felices montevideanos, afortunados habitantes de la muy Fiel y Reconquistadora, la temporada teatral no tiene, en forma apreciable, ni principio ni fin. La temporada no tiene comienzo apreciable ni fin que pueda ser señalado con una fecha. Para los empresarios, Montevideo es siempre plaza buena y fácil, aun cuando en la práctica se convengan algunos que no es todo oro lo que brilla.

Por esta circunstancia nos pasamos el año presenciando debuts y temporadas más o menos felices. Que hace frío, pues porque hace frío y la gente anda con las narices coloradas; que hace calor, pues lo mismo da: los teatros abren sus puertas y por ellas se cuele el buen público sin preocuparse de que allí dentro se asarán de la manera más divertida posible.

Y algunas empresas, tan satisfechas. ¿Cómo no estarlo?

Este año, sin embargo, el verano se ha caracterizado por un movimiento teatral más acentuado que otros. Quizá más acentuado que durante el invierno, pues en los meses invernales tuvimos el triste espectáculo de contemplar cerradas las puertas de todos los teatros de Montevideo. ¡Y luego dirán que no es este el país de la viceversa, como decía el otro!

En fin, somos así y no sé yo quien pretenda una reforma en la modalidad nacional. ¿Para qué, si somos tan felices?

De modo, pues, que en pleno verano, funcionan casi todos los teatros de Montevideo y con excelente resultado para las empresas.

En Solís una compañía de opereta donde la Steffi Csillag ocupa sitio preeminente; en el 18 de Julio la Goya, la Gioconda y una compañía de comedias, y en el Politeama, Vittone y Pomar.

La Goya renueva una vez más sus triunfos, y su interesante personita domina desde el escenario del teatro de la Avenida con la gracia soberana

que le brota de todos los poros y le forma como una aureola. Habrá que divinizarla: Goya, Diosa de la alegría y de... la Picardía.

En el mismo escenario actúa una buena compañía de comedias, en la que figura con todos los prestigios de su arte la actriz señorita Josefina Meliá.

En el Politeama Vittone-Pomar tienen destinados al público remedios diversos contra la hipochondria, neurastenia, dispepsias, neuralgias, etc. Son artistas galénicos. Como en estas duras y aburridísimas épocas de guerra europea, carestía de la vida y demás plagas, son muchos los que sufren de tales molestias, no es extraño que noche a noche el teatro-consistorio de la calle Colonia se vea muy concurrido. Se afirma que los casos de curación pueden contarse por millares. Vittone y Pomar están reclamando una estatua en la Facultad de Medicina.

Y si aun pareciera poca la actividad teatral de que me hago eco en forma sintética; también hemos tenido teatro al aire libre.

El joven maestro Ernesto Ruiz, talentoso como pocos (es amigo mío); activo y tozudo como "muchos más pocos", en este ambiente nuestro de desengañados e indolentes; enamorado de su arte como casi ninguno; y con una fe de esas que si no levantan montañas, levantan un teatro en el Parque Pereyra, que fué en "il·lo témpore" (y lo es casi hoy) una landa sólo habitada para alimañas, el maestro Ruiz, digo, ha conseguido ofrecer a nuestra población un espectáculo digno de las más cultas capitales.

No hay por qué decir que cuando el maestro Ruiz habló de su proyecto con algunas personas, o lo creyeron loco o por lo menos (los más amables) incapaz de realizar lo que proyectaba. Bueno, nosotros somos así. No viniendo de Europa o a mucho conceder, de Buenos Aires, no creemos en nada. Además, el maestro Ruiz tiene una mala condición. Si, señores, malísima: se llama simplemente Ernesto Ruiz. ¡Y ustedes comprenden! Ruiz está gritando que aturde que es español... y aquí, para nosotros, no se cree

en nada español. ¡Si fuera francés! Cuando Ruiz me habló del asunto, yo aplaudí la idea. (Yo creo en los españoles y en Ruiz, lo confieso ¡qué quieren ustedes! Será una debilidad, pero creo). Digo que aplaudí la idea y le propuse que se cambiara de nombre.

—Agrégueme algunas letras imprescindibles a su apellido — le aconsejé. — Por ejemplo, llámese Ruizwtk. Claro que ni Dios pronuncia eso, pero no importa, a la gente nuestra le gustan estas cosas incomprensibles. Somos así...

Bueno, el maestro Ruiz no aceptó mi consejo y se quedó con las cuatro letras de su apellido y llevó a cabo su proyecto con un lucimiento que encandiló a más de un incrédulo y le proporcionó al inteligente director de orquesta un sonado triunfo.

No tendría por qué agregar que yo me alegro muchísimo por ese gran éxito, pues ante él tuvieron que rendirse los que no creen más que en los nombres raros que no por eso suelen ser con una frecuencia abrumadora verdaderos "timosfin".

"Aída", la primera ópera puesta en escena en el teatro levantado en el Parque Pereyra obtuvo una interpretación realmente estupenda. Nadie esperaba una justeza tan grande, ni nadie pudo pensar que se uniformaran elementos heterogéneos con tanta rapidez. Diríase que el maestro Ruiz no tenía en la mano una batuta, sino un varita mágica. El público apreció en toda su importancia el esfuerzo y ovacionó a los intérpretes y al hacedor del milagro, maestro Ernesto Ruiz.

¿Quién puso en duda que el talentoso director de orquesta arribara a la meta que se había propuesto? El que dudó llevó en la constatación del triunfo obtenido, la más contundente demostración de que "habían metido la pata".

Ahí queda eso — puede exclamar ahora el maestro Ruiz. — "Eso" que fué ensueño de algún empresario, pero en ensueño quedó. El joven maestro demostró con ello que posee energía para dar y regalar, y una preparación musi-

cal que ya se quisieran para un buen día de fiesta otros que la pretenden de eminencias, pero que nunca lo probaron.

El triunfo del maestro Ruiz ha sido legítimo y los dos espectáculos líricos al aire libre han quedado como demostraciones evidentes de su competencia artística y de su honestidad de propósitos.

El doctor Cyro de Azevedo, Ministro del Brasil ante nuestro Gobierno, es, además de un distinguidísimo diplomático, caballero nobilísimo y ejemplar, un escritor de alto vuelo, dramaturgo exquisito, espíritu abierto ampliamente a todas las puras sensaciones del arte.

Conociamos al doctor Azevedo como escritor de honda ilustración, pero no como dramaturgo. Y hasta nuestra Redacción ha llegado una de sus obras dramáticas titulada: "La Cuscuta", para demostrarnos de una manera elocuente su valer como comediógrafo de fina psicología y de gran acierto en el trazo escénico.

Es una comedia dramática de corte modernísimo, que revela en su autor una orientación de refinado buen gusto hacia el teatro francés contemporáneo.

La acción está llevada con mano firme y experta y el diálogo se conserva siempre dentro de las exigencias más estrictas de lo que se ha dado en llamar (y está bien) lenguaje teatral.

Con la simple lectura de esta obra el espíritu se interesa gradualmente a medida que pasan las escenas y se llega con verdadera emoción a los finales de acto.

En resumen: una hermosa comedia, que han de incluir con éxito en su repertorio las compañías españolas y rioplatenses.

En el Urquiza ha debutado una compañía de zarzuela. La dirige Pabnada; el activísimo actor-empresario cuyo nombre es popular entre nosotros.

Es una compañía buena. Vestuario excelente, decorados hermosos, obras interesantes y... mujeres bonitas. No se puede pedir más.

Y termino por hoy, con algunos párrafos de Nestor — crítico y dibujante — sobre el traje en escena.

Dice:

"El traje en la escena no ha tenido nunca en España la importancia de contribuir a la armonía total de un cuadro escenográfico.

"Las obras se presentan al público sin unidad plástica alguna; imaginaos la interpretación musical de una obra en la que, por capricho personal, cada uno eligiera la textura que tuviera por conveniente. Es verdaderamente inconcebible la tolerancia de un público ante las desastrosas inarmonías de forma, color...

"Hay casos de ridiculez inenarrable y de asombrosa ignorancia; es contado el caso que se salva de esta espantosa atrofia del gusto.

"Muchas obras son estrenadas sin que haya habido ni un solo ensayo general (lo que verdaderamente es un ensayo general); y cuando se hace, nada resuelve, porque cada profesional se viste a su antojo sin contar con decorados, luces, trajes de otros personajes, escenas y momentos en que han de formar un cuadro, ni con que cada uno de los personajes es elemento esencialísimo para un conjunto, y que aparte de la importancia que queda caberle en reparto, como figura escenográfica no tiene más valor que un comparsa.

"Observad además cómo la actriz en España tiene la obsesión de su cara: quiere ser guapa y que su semblante no se descomponga; y por su cara (que no sabe maquillarse) descuida el total de su figura que es, en la escena, lo esencial; se preocupa, poco o mucho, no lo sé, de su toilette, pero sólo muy rarísima vez tiene un acierto, y creo que casual; el resto, es insostenible; ¡qué orientales, qué bayaderas, qué moras, qué chinitas! y si la obra es de época, mejor es no decir nada.

"El traje, por ejemplo, encargado casi siempre al gusto particular de cada actriz, debería confeccionarse siempre con arreglo al proyecto del artista encargado del conjunto de la obra. Porque hay que tener en cuenta, no solamente el personaje que representa, sino, además, las condiciones físicas individuales, la entonación del decorado, la fuerza de la luz que ha de marcar los distintos momentos del día, el colorido de los demás trajes y hasta el pensamiento expuesto en la obra y la psicología de cada uno de los personajes que intervienen en la representación."

Bueno: ahora apliquemos estas reflexiones a nuestro teatro... y tendremos una buena lección aprendida.

Don Melitón.



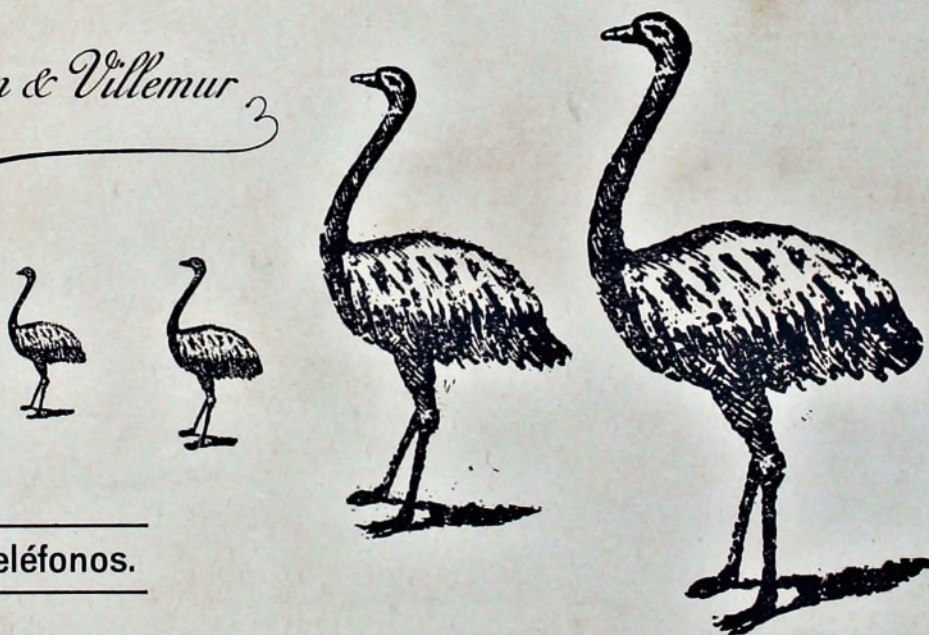
Un racimo de escogida uva fresca
puede usted saborearlo
en cualquier época del año,
bebiendo una copa de

ÑANDÚ

BODEGA NACIONAL

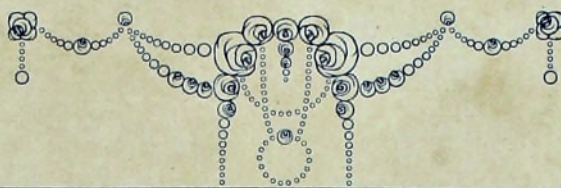
Calle Bmé. Mitre 1419 - Montevideo

Lamaison & Villemur



Los dos Teléfonos.

ROBES-MANTEAUX



HELENE HUBERT



En los meses de Marzo y Setiembre
recibe los modelos de Europa.

Dernier cri

Casa especial en confecciones para
* * señoras y señoritas * *

CALLE CONVENCION, 1307

TELÉFONO: LA URUGUAYA 1770, CENTRAL